

# Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Año I.

Barcelona 15 de Febrero de 1880.

N.º 3.



El P. ABBONA y cuatro pajes del emperador de Birmania. (Pág. 72).



# LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

## I.

La grande *Obra de la propagacion de la Fe* es, por decirlo así, el apostolado del siglo, ó la continuacion de las tareas apostólicas para hacer resonar y adorar el nombre de Jesucristo en toda la faz de la tierra. En medio de la indiferencia y del egoismo que nos rodea y que tiene como helada la superficie del mundo por lo que mira á la Religion, consérvese perenne entre nosotros ese volcan inmenso de amor y de caridad que arroja sus lavas saludables hasta las últimas regiones del globo para abrazar los corazones en el amor de Jesús. Ese es el fruto precioso de su divina sangre. Todavía hay entre nosotros apóstoles, confesores y mártires, por más que Jesucristo y su doctrina sean desechados del mundo, ora prevenido y apasionado como los judíos, ora impío y libertino como Heródes, ora interesado y político como Pilatos. Esta obra parece un prodigio. Las generaciones futuras la verán á gran distancia en medio de nuestro siglo levantarse como una gran columna para unir la tierra con el cielo, cuando la tierra parecia más olvidada del cielo.

Tuvo su principio en Lyon, y su marcha ha sido la de las obras divinas destinadas á vivir y producir efectos duraderos: empezó como un germen imperceptible y se ha ido desenvolviendo poco á poco, bajo la influencia del cielo, hasta llegar á ser como un grande árbol que extiende hoy sus ramas sobre todos los países. Dios se complace en mostrar que no tiene necesidad del poder de los hombres para obrar grandes cosas; por eso elige muy á menudo, para la ejecucion de sus designios, los más débiles instrumentos: *Infirma mundi elegit Deus*.

Dos gritos de angustia, salidos de Oriente el uno, y el otro de Occidente, oídos por dos piadosas mujeres, inspiraron el designio que, felizmente realizado, sostiene ya con eficaz asistencia las Misiones de ambos mundos.

En 1815 el Ilmo. Sr. Dubourg, obispo de Nueva-Orleans, al volver de Roma, donde habia sido consagrado, se detuvo algun tiempo en Lyon. Preocupado con la penuria de su diócesis, en la cual todo estaba por crear, la recomendó encarecidamente á la caridad de los lyoneses. Manifestó sobre todo sus deseos á una cristiana viuda que habia conocido en otro tiempo en los Estados-Unidos (1), y le comunicó el pensamiento de fundar para las necesidades espirituales de Luisiana una sociedad de limosnas, proponiéndose fijar en un franco la retribucion anual. La bienhechora viuda se prestó á las miras del Obispo y comunicólas á algunas personas; pero le opusieron numerosas dificultades, y fué preciso aguardar la hora fijada por el cielo, contentándose con recoger algunos módicos recursos para las cristiandades de América adoptadas por su maternal solicitud.

Por la misma época, es decir, en 1816, los señores directores del Seminario de las Misiones extranjeras, reinstalados un año hacia en su casa de París, procuraron renovar la union de preces fundada en el siglo anterior para la salvacion de los infieles; obtuvieron con tal objeto indulgencias de la Santa Sede y publicaron una exposicion acerca de las necesidades de sus iglesias. Tales

tentativas empezaron á preparar los ánimos, y tres años despues una persona de Lyon, cuya vida consumida en buenas obras recuerda la de las vírgenes cristianas de los primitivos tiempos (1), recibió de su hermano, estudiante en el seminario de San Sulpicio, una carta llena de la más dolorosa emocion, dando á conocer el miserable estado de la casa de las Misiones extranjeras, y proponiendo que le asegurase recursos para el establecimiento de una compañía de caridad. La religiosa mujer acogió tal inspiracion, y en el transcurso de 1820 estableció una asociacion de limosnas, á razon de un cuarto por semana, en favor del seminario de las Misiones.

La Obra comenzó entre esas piadosas obreras que honran con sus ocultas virtudes, al propio tiempo que sostienen con su trabajo la rica y popular industria lyonesa. Durante los seis últimos meses de aquel año la fundadora llevó sobre sí todo el peso de su laborioso designio. No habia aún oracion comun, ni fiesta, ni publicacion periódica; pero pronto el número de asociados ascendió á mil, resultado considerable, pero que al parecer no debia aumentar, á causa del estrecho círculo en que giraba la influencia de los primeros propagadores. Las dádivas recogidas, en número de 2,000 francos, fueron enviadas como piadoso recuerdo de la Iglesia de Lyon á esa antigua Asia, de donde le vino la Fe. Nos complacemos en contar las primeras gotas de ese rocío que debia un día derramarse con mayor abundancia sobre un campo sin límites.

Sin embargo, los corresponsales del Ilmo. Sr. Dubourg, testigos de tales esfuerzos, no renunciaron á la esperanza de fundar para la diócesis de Nueva-Orleans algo parecido, al recibir en 1822 la visita del Vicario general de dicho obispado, cuya presencia impulsó el celo, ya fervoroso, de los bienhechores de la Luisiana. Empero habíase á menudo suscitado la objecion de que una Obra para las Misiones sólo podría establecerse haciéndosela católica, es decir, socorriendo al apostolado por todo el universo. Esta idea prevaleció al fin. Convocóse una asamblea, á la que asistieron doce invitados y empezó con la invocacion del Espíritu Santo. Un sacerdote fué el primero que tomó la palabra; y despues de una breve reseña de los progresos y sufrimientos de la Religion en la América del Norte, propuso el establecimiento de una grande asociacion en favor de las Misiones católicas de ambos mundos. La asamblea adoptó unánimemente dicho parecer, y sin levantar mano designóse un presidente y una comision de tres miembros encargados de preparar un proyecto de organizacion. Entonces fué cuando, por la adopcion del principio de universalidad que distinguia la nueva empresa de las anteriores tentativas, quedó fundada la *Obra de la propagacion de la Fe* (2).

Por un designio de la Providencia, que parece haber tomado á su cargo desde entonces el gobierno de la Obra para conducirla sin el concurso de los hombres, advirtiéndose que aquella primera reunion se habia celebrado, sin pensarlo, un viernes, 3 de Mayo, fiesta de la Invenccion de la santa Cruz. Tan sólo al cabo de un mes,

(1) La señorita Jaricot, hija de un comerciante de Lyon.

(2) El Consejo encargado de la direccion de la Obra fué elegido entre las personas que habian asistido á la primera asamblea. Compóniase de siete miembros: los señores V. de Verna, presidente; B. de Villiers, vicepresidente; el conde de Herculaís, tesorero; Didier Petit, secretario; Benito Coste, Terret y de Varax.

(1) La señora Leman de la Barre, viuda de Petit, madre de uno de los fundadores de la Obra.



cuando se designó el día de la fundacion para una de las dos solemnidades anuales de la Sociedad, reconocieron que el día de sus futuros aniversarios estaria consagrado al culto de la Cruz redentora, cuyas conquistas pretendian extender con sus humildes tributos. Habíase solicitado la aprobacion eclesiástica, sin la cual ninguna innovacion, ni aun de beneficencia, debe introducirse en el pueblo cristiano. No se hizo esperar, viniendo á consagrar los trabajos de los fundadores. La recaudacion del primer mes habia sido de 520 francos 10 céntimos en la diócesis; la del primer año se elevó á 15,272 francos 15 céntimos.

No obstante, el pensamiento de la Asociacion no podia permanecer encerrado en los límites de una provincia: por eso, pocos días despues de la primera asamblea, uno de los miembros del Consejo central de Lyon iba á fomentar la caridad de las ciudades del Mediodía, é inmediatamente se formaron juntas diocesanas en Aviñon, Aix, Marsella, Nimes, Montpellier y Grenoble. Los miembros más eminentes del clero se mezclaban en ellas con los más religiosos seglares, y la confiada actividad de tantos hombres de bien dejaba ya esperar algo de grande. Luego despues uno de los fundadores se trasladaba á París, donde, merced á sus desvelos, se fundó otro Consejo central, y desde entonces la Obra abrazaba todo el reino.

Al año siguiente un delegado del Consejo de Lyon, postrado á los piés del soberano pontífice Pio VII, de feliz memoria, obtenia las indulgencias que enriquecen la Obra á perpetuidad. Desde entonces de todas las cátedras episcopales de Francia descendieron palabras alentadoras; conmoviéronse á su vez los Prelados de los países vecinos; y luego Bélgica y Suiza, los diversos Estados de Alemania y de Italia, Inglaterra, España y Portugal vinieron sucesivamente á tomar parte en la cruzada de la limosna. Más de trescientos obispos elevaron la voz en su favor, y finalmente Gregorio XVI, por su encíclica de 1840, habiéndose dignado recomendar á todas las iglesias la *Obra de la propagacion de la Fe*, la colocó en el rango de las instituciones comunes de la cristiandad.

De esta suerte un corto número de sesiones, sin dificultades y sin debates, bastaron para asentar las bases de una obra cuyos resultados debian abrazar el universo.

Las conquistas del Evangelio han sido multiplicadas por el trabajo de los misioneros, y consolidadas con su sangre derramada, pero auxiliadas tambien por las oraciones y por las limosnas de la Obra. Dirémos solamente que el número de diócesis, vicariatos y prefecturas apostólicas socorridos por ella se eleva actualmente á unos doscientos cincuenta.

A pesar de los desastres de los últimos años las vocaciones al apostolado no cesan de multiplicarse.

Parece, dirémos con Ozanam, parece que el *impetuoso viento* que se hizo en el Cenáculo el día de Pentecostes comienza á soplar de nuevo sobre el mundo cristiano. El sacerdocio y las Órdenes religiosas experimentan un impulso irresistible hácia esos heroicos combates que pasman á la molicie y cobardía de nuestros días. ¿Hasta cuándo se hallarán más fácilmente hombres dispuestos á ir á buscar almas hasta los confines de la tierra, que el dinero necesario para pagar su pasaje sobre

el puente de un buque, ó su pan debajo la tienda? En medio de los movimientos que agitan los espíritus y los imperios, acortan las distancias y restablecen, por decirlo así, todas las comunicaciones de la familia humana, créese ver desenvolverse un designio misericordioso de la Providencia para la conversion del universo. ¿Acaso la salvacion de los infieles seria demorada por la indiferencia de los cristianos? Preciso fuera recordar, no obstante, que la causa de que se trata es siempre la nuestra, y que la lucha de la idolatría y el Cristianismo no ha terminado todavía.

## PRINCIPADOS DANUBIANOS.

(Continuacion).

### SÉRVIA.

Sérvia formaba en la antigüedad una parte de la Mesia superior y de la Dardania. A la caída del Imperio romano invadió esta region una tribu llamada de los *Serbis*, *Serbi* ó *Servi*, procedente de la Sarmacia asiática. El pueblo sérvio es, pues, una rama considerable de la gran familia de los eslavos, que se extendió desde las playas del mar Blanco hasta el Adriático. Cuando ocuparon este país, los sérvios eran ya cristianos, y siendo independientes quisieron un obispo no sujeto al patriarca de Constantinopla, que tomó despues el título de Patriarca. Predicó la fe cristiana en aquella tierra Tito, el discípulo querido de san Pablo; así es que se honra aquel Santo como el primer apóstol de Sérvia. Las vicisitudes políticas de esta provincia y las de todas las demás de los Balcanes han sido varias, segun los acontecimientos. Situada á corta distancia de Constantinopla, donde se abrighaba tanto odio contra Roma, tan pronto se separaban de la Iglesia romana, como volvian á unirse con la Santa Sede. Así los sérvios fueron católicos como toda la Iglesia oriental mientras los Patriarcas de Constantinopla permanecieron unidos á la Iglesia romana; pero, acaecida la fatal separacion, fueron arrastrados al cisma. En tiempo de Inocencio III, habiendo mostrado Estéban, príncipe de Sérvia, el deseo de unirse á la Iglesia romana, envióle el Pontífice dos Legados, y Estéban, esperando que la predicacion de ellos produciria gran efecto en el pueblo devolviéndole la paz, les dió amplia libertad para establecer cuanto creyeran conducente á la gloria de Dios. Los Legados convocaron en 1199 un concilio en Dioclea, al que asistieron los arzobispos de Dioclea y Antivari y seis obispos, y del cual resultó la union de la Sérvia con la Iglesia católica.

Mucho se congratuló de ello el Rey, y rogó al Papa que desterrase la herejía, la cual levantaba la cabeza, y muchos la habian abrazado. A pesar de esto, sospechan algunos que estas demostraciones no eran sinceras, al menos por parte de Estéban. «Estéban, escribe el docto Hurter, no se proponia otra cosa que tener al Papa de su parte para utilizar su influencia en daño de Hungría, mientras que *intus* seguia unido al cisma.»

¿Cuál no seria al presente el estado moral y civil de aquel país si más adelante no se hubiera sustraído á la influencia de la verdadera Iglesia de Cristo!

Hoy el principado de Sérvia, como todos aquellos regidos por principios liberales, es enemigo de la Iglesia





COSTA DE LOS ESCLAVOS. — Sacrificios humanos en el Dahomey. (Pág. 55).

católica; pero si consultase la historia veria que los mejores tiempos de Sérvia fueron aquellos en los cuales estuvo unida al Pontífice romano. En efecto: con el beneplácito del rey de Hungría, de quien era vasallo el de Sérvia, Inocencio III envió á este príncipe la diadema real; pero como no fuese recibido en la frontera el Cardenal legado, aquel gran Pontífice esperó prudentemente mejor ocasion, que no tardó en presentarse, pues habiendo muerto poco despues el rey de Hungría, y destornado Estéban y sustituido por su hermano Vulcano, éste reiteró á Roma las antiguas súplicas por la Corona, á lo que el Papa accedió en seguida, comisionando al arzobispo de Colocz para que fué á Sérvia, confirmase en la fe al príncipe y á todos los Prelados, rompiera el vínculo que los ligaba al patriarca de Constantinopla, uniéndolos con la Santa Sede, y confriese al príncipe la régia dignidad. Refiere Rinaldi que en 1220 Estéban, rey de Sérvia, Dioclea y otras provincias, reconoció el primado de la Iglesia romana enviando sus embajadores á Honorio III, sucesor de Inocencio, con la siguiente carta: «Al Santísimo Padre y Señor Honorio, Pontífice universal de la Iglesia romana, Estéban por merced de Dios rey de Sérvia, Dioclea, Tribunia, Dalmacia y Oblomia, saluda y se inclina ante él con suma y constante fe.—*Así como todos los cristianos os aman, honran y tienen por Padre y Señor, así tambien deseamos ser llamado hijo fiel de la santa Iglesia Romana y vuestro, teniendo á gran dicha recibir sobre nuestra corona y nuestra tierra la bendicion de Dios y la vuestra; y por esto os mandamos á nuestro obispo Metodio para que nos escribais, si os place, con el portador de esta carta, todo lo que parezca oportuno á Vuestra Santida y vuestra voluntad.*»

El mismo Rinaldi recuerda los esfuerzos hechos en 1288 por el Papa Nicolás IV para lograr que Sérvia y otros pueblos vecinos, caidos de nuevo en el cisma, volviesen á la fe, pues mandó oportunamente á Marino y Cipriano, de la Orden de Hermanos Menores. Reinaban entonces en Sérvia Urosio y Estéban, cuya madre Elena era católica, y por eso el Papa se dirigió á esta Reina para conseguir la conversion de sus hijos. La carta del Pontífice está fechada en Rieti el 8 de Agosto, año primero de su pontificado, y dice así: «Rogamos á tu Alteza, y la excitamos concediéndote la remision de tus pecados, que no dejes de exhortar eficazmente á los ilustres reyes Urosio y Estéban, tus hijos, para que tornen devotamente á la unidad de la fe y reciban con humildad nuestros consejos y los de los dichos Hermanos, á fin que de esta suerte puedas alegrarte en el fruto de tu vientre y puedas ser llamada por Dios bendita entre las mujeres.» Tambien refiere Rinaldi que en 1308, deseando el rey Urosio apartarse del cisma con los suyos, despachó embajadores á Clemente V, notificándole su propósito, pidiéndole sacerdotes idóneos para instruir al pueblo, y además un estandarte para desplegarlo contra los enemigos del nombre cristiano. Al recibir tan fausta noticia, el Papa envió á Egidio, patriarca de Grado, y á Lupo y Artanisis, procuradores de la Corte pontificia, franciscano el uno y dominico el otro. Dictó la regla de fe que habian de profesar; quiso que confesaran que el Romano Pontífice era sucesor de san Pedro y vicario de Jesucristo, con la potestad de ligar y desligar; que la Iglesia Romana gozaba de primacia sobre todas las otras; y condenado así el cisma, el Rey prometió, en su nombre y en el de su pueblo, obediencia y respeto á la Iglesia Ro-





COSTA DE LOS ESCLAVOS. — Sacrificios humanos en el Dahomey. (Pág. 55).

mana, jurando lo mismo los Prelados. Los legados pontificios fueron recibidos muy bien por Urosio, pero no se obtuvo la deseada union, sin duda por culpa del hermano y de la madre, que probablemente recaería en el cisma. El mismo historiador cuenta que por el año 1320, extendióse la religion católica por Sérvia y Macedonia, merced á las gloriosas victorias alcanzadas por Carlos I, rey de Hungría, sobre el cismático rey Urosio, de cuyo reino se apoderó, obligando á Urosio á someterse á la Iglesia Romana y al Pontífice Juan XXII. Por los años de 1322 y 1323 Carlos I consiguió nuevos triunfos contra los cismáticos, obligando otra vez á Urosio á someterse al Papa. Llevó á éste la noticia Filipo, príncipe de Taranto, con cuya hija Blanca deseaba unirse el rey de Sérvia. Filipo, como buen católico, pidió consejos al Papa, el cual no mostró desagrado, sabedor de que no solamente aquel rey, sino todo el clero y nobleza de su reino, deseaban volver á la union con Roma. Urosio rogó al Papa que le mandase eclesiásticos capaces de instruir á su pueblo en las cosas de la fe católica, á cuya mision destinó Juan XXII á Bertrando, arzobispo de Brindisi, Bernardo de Parma, canónigo de Amberes, y Juan, de la Orden de los Dominicos. Llevaban una carta del Pontífice, en qué expresaba éste su gozo por su conversion, y además la profesion de fe que Clemente IV envió al emperador Paleólogo para los armenios. Regida por Urosio la Sérvia, se levantó al mayor esplendor, y hubiera opuesto un dique poderoso á la irrupcion musulmana, que se extendia á la sazón por los países orientales de Europa; pero desgraciadamente aquel príncipe murió sin dejar un sucesor capaz de seguir su ejemplo y guiar á los bravos guerreros que formaban su ejército.

Los reyes y príncipes sérvios resistieron por largo tiempo las formidables hordas de los turcos; pero sucumbieron al fin en 1365 á la fuerza del número. No por eso soportaron los sérvios con paciencia la dominacion turca: el príncipe Lázaró Crale se alzó en armas contra el bárbaro tirano, púsose al frente de la Confederacion eslava, y peleó valerosamente; pero hecho prisionero en la batalla de Casovia en 1389, murió, como el resto de sus soldados, acuchillado por los otomanos.

Bayaceto I, llamado *el Rayo*, incendió y saqueó la mayor parte de las poblaciones sérvias, y todavía experimentaron otros desastres, hasta que por último la fortaleza de Belgrado cayó en poder de los turcos bajo Soliman II.

La Iglesia católica no abandonó á Sérvia afligida y desolada. El Papa Nicolás V se ocupó con Juan Hunniades, regente de Hungría, en disponer tropas que librasen de la tiranía turca las provincias colindantes, é imploró el socorro del célebre Scandemberg, príncipe de Macedonia y Epiro. El mismo Pontífice, en 1449, envió á Sérvia para restablecer el Catolicismo á Antonio, franciscano; y en la guerra de 1451 á otro franciscano, Eugenio Somma; con muchas facultades espirituales, entre otras la de conceder indulgencia plenaria en la hora de la muerte á aquellos que hubiesen peleado contra los infieles. Pero, conquistada por los turcos, Sérvia perdió toda esperanza de sustraerse al yugo mahometano, y de aquí que sufriese todas las vicisitudes de las demás provincias sometidas al islamismo. Sin embargo, es de recordar que Belgrado se libró en 1456 del asedio que le tenia puesto el formidable Mahomet II, gracias á los poderosos refuerzos que le envió Calixto III por medio del célebre cardenal



Carvajal. Y no tuvo poca parte en esta insigne victoria alcanzada contra los turcos el ardiente celo de Juan de Capistrano, unido al valor de Juan Hunniades. El gran hijo de san Francisco, con un crucifijo en la mano, juntó para la defensa de Belgrado un ejército de 40,000 hombres, salvando con ellos la capital de Sérvia de caer en poder de los turcos. En memoria de hecho tan insigne el Pontífice hizo más solemne la fiesta de la Transfiguración, en cuyo día los cristianos derrotaron á los turcos. Hasta el año 1668 fué Belgrado objeto de sangrientos combates y memorables asedios: en ese mismo año fué tomada por Leopoldo I, pero la recuperaron los turcos en 1690. En 1693 se intentó quitársela, pero inútilmente; antes bien les fué cedida por el tratado de Carlowitz. En 19 de Agosto de 1717, bajo el imperio de Carlos VI, logró conquistarla el famoso príncipe Eugenio, por cuya victoria el Pontífice Clemente XI cantó un solemne *Te Deum* en el Vaticano y dispuso que hubiera iluminaciones en Roma durante tres días en señal de regocijo. En 1739 cayó de nuevo Belgrado en poder de los turcos, y aunque se les tomó otra vez, sucumbió en seguida á la cimitarra otomana, que quedó definitivamente dueña hasta principios de este siglo, en que el valeroso pueblo sérvio sacudió el dominio musulman, constituyéndose Sérvia en principado tributario.

Inmensos fueron los daños que tuvo aún que sufrir en Sérvia la religion católica, sin embargo de que los Pontífices no cesaron de enviar allí sus misioneros. Clemente XI, á fin de cortar los muchos abusos que se habian introducido en la Iglesia sérvia á favor de tantas contiendas políticas y militares, hizo que los obispos de Sérvia y Albania celebrasen un concilio, que restauró la disciplina. Benedicto XIV desplegó gran solicitud por Sérvia, como puede verse en el *Bulario* publicado por la Congregacion de *Propaganda Fide*, en el cual se leen muchos decretos sancionados por este Pontífice sobre varios puntos de disciplina eclesiástica referentes á Sérvia. Esto no obstante, los sérvios que se han conservado fieles á la Sede Apostólica son muy pocos, y están esparcidos en varias aldeas, divididas en ocho parroquias. Los católicos residentes en Belgrado son en su mayor parte emigrados bosnios: en esta ciudad reside tambien el Obispo católico de Belgrado y de Semendria. En 1851 permitió el gobierno de Belgrado que se edificase una iglesia católica, pero en la casa del cónsul austríaco, á pesar de las gestiones del Nuncio de Viena para que pudiese construirse en lugar abierto. Despues de lo estipulado por el Congreso de Berlin, esperamos que recobrará allí su libertad y hasta su preponderancia aquella Religion que fué un día la gloria del pueblo sérvio.

#### MONTENEGRO.

Este centinela avanzado de Rusia sobre el mar Adriático no recuerda en su historia ningun hecho memorable relativo á la Iglesia católica, debido tal vez á que aquel país se compone casi todo de una cadena de montañas apenas accesibles. En lo antiguo perteneció á la provincia eclesiástica Prevalitana, bajo la jurisdiccion del arzobispo de Scopia, primado de Sérvia. Y cierto de origen sérvio es el pueblo montenegrino. La religion que profesa es la griega cismática, pues fué arrastrado al cisma junto con las demás provincias de la península de los

Balkanes. Deseosa Rusia de tener influencia en las cosas de Oriente, ha protegido siempre esta raza indomable, aliada suya en religion y en política. Además de la suma anual de 30,000 florines de subvencion, Rusia ha dominado siempre en el Montenegro por medio de su *vladika*, esto es, obispo, que se educa en Rusia y allí recibe su consagracion episcopal. Este es el único obispo de Montenegro que lleva el título de metropolitano. Hasta 1516 estuvo separada en el Principado la autoridad eclesiástica de la civil; pero habiéndose retirado aquel año á Venecia Jorge, señor de Montenegro, abdicó el poder civil en favor de su hermano el vladika German, por donde una misma persona vino á reunir ambas potestades con el derecho de nombrar un sobrino suyo sucesor.

Así continuaron las cosas por espacio de tres siglos y medio, hasta que en 1850 Jorge Petrovich, designado para su sucesor por el vladika Pedro II, renunció á su futura dignidad por no permanecer obligado á guardar el celibato exigido por la Iglesia griega á sus primeros pastores. Con tal motivo, el metropolitano Pedro II llamó á su otro sobrino Daniel Petrovich; pero no queriendo éste tampoco vivir célibe, Rusia se decidió en 1852 á separar la potestad eclesiástica de la civil, confiriendo á Petrovich el título de Príncipe de Montenegro, y la asamblea de Cetigne, su capital, lo reconoció por tal á él y á sus sucesores; mas Petrovich, á semejanza de su protector el Czar de Rusia, unido al título de Príncipe, continuó llamándose vladika, esto es, jefe espiritual del Principado.

Los valientes montenegrinos no han dejado un momento de paz á los turcos desde que ocuparon aquellas tierras, derrotándoles ejércitos poderosos con sus guerrillas de montaña. Ahora, merced al Tratado de Berlin, han obtenido la ansiada independencia, con aumento de territorio, que imperiosamente exigia su estado económico; pero no sabemos si logrará sustraerse del yugo de Rusia, á la cual hace siglos está supeditada, para conseguir verdadera vida civil y cristiana, que en vano esperará del gobierno del autócrata moscovita.

(Se continuará).

## COSTA DE LOS ESCLAVOS.

### I.

#### SACRIFICIOS HUMANOS.

(Continuacion).

III.—*Sacrificios al dios de la guerra.*—Los negros ofrecen principalmente sacrificios humanos á Ogun, dios de la guerra y hermano de Chango, dios del trueno. El río Ogun, que corre cerca de Abekuta, le está consagrado; ó mejor, dicen los negros que Ogun y el río son una misma cosa.

Ogun fué el primero que les enseñó á trabajar el hierro, que es su símbolo, particularmente un cuchillo, un sable ó una estaca con una campanilla en su extremo superior. La forma de los símbolos varia segun la destreza de los herreros; y como el hierro se encuentra por todas partes y se usa en todos los oficios, Ogun cuenta con muchísimos adoradores.

Ogun parece que es para los Nagos lo que Gbô para los habitantes de Dahomey. En Porto-Novu tiene un tem-



## CARTAS SOBRE EL JAPON.

## I.

Largo tiempo se ha creído en Europa que existía en el Japon un doble poder, espiritual el uno, y el otro temporal. Al decir de los historiadores y viajeros, el *mikado* ejercía exclusivamente el primer poder, mientras el segundo pertenecía al *taicoun*. Error que se explica por la dificultad de relaciones entre Europa y el Japon hasta 1860 por la política de los taicounes, interesados en pasar por únicos soberanos reales y legítimos del Imperio.

El Japon parece formó en sus orígenes una confederación de príncipes más ó menos independientes bajo la presidencia del *Hijo del Cielo*. Uno de estos vasallos tenía, bajo el nombre de *taicoun* ó de *shogun*, la lugartenencia del Imperio: era una especie de mayordomo del palacio. Poco á poco los taicounes monopolizaron la autoridad y concluyeron por relegar al mikado á su palacio de Kioto. Mas para no lastimar los sentimientos de un pueblo acostumbrado á mirar á su soberano como una emanación de la divinidad, concedían al mikado honores destinados á aislarle del comun de los mortales. Por otra parte encontraron en el budhismo un poderoso medio de contrabalancear la influencia del shintoismo, religion nacional. Los templos de los Kamis permanecieron en pié, pero eclipsáronlos muy pronto las pagodas por sus riquezas y su esplendor. Lo más increíble aún es que los mikados y sus numerosos servidores participaron de la general manía por la nueva religion; el traje de los bonzos cubrió á los hijos y herederos del Hijo del Cielo, y aquellos á quienes por su cuna correspondían, bajo el nombre de Kamis, los honores de la deidad shintoísta, prefirieron á ellos con frecuencia la apoteosis búdhica.

Sin embargo, este poder no contentó la ambición de los taicounes, y por otra parte, en el seno de un feudalismo guerrero y naturalmente turbulento, dominábanle los celos y no podía mantenerse más que por la servidumbre de los daimios, señores de las provincias. Esto es lo que llevaron á cabo las victorias de los taicounes Nobonnaga y Taicosama en el siglo XVI. Cuando Yeyas usurpó el poder, bastóle legalizar y perpetuar esta servidumbre de los príncipes feudatarios del Imperio por medio de la célebre legislación que lleva su nombre y que durante más de dos siglos aseguró á su familia la pacífica posesión del poder supremo. Tranquilo en el interior, atendió á los peligros de fuera. Confundiendo la religion cristiana con los intereses de las naciones europeas, quiso anegarla en sangre, y al mismo tiempo puso término á las relaciones con los demás pueblos, exceptuando sólo algunos holandeses á los cuales relegó á la isla de Decima reduciéndoles á una especie de servidumbre. Esta situación podía convenir á mercaderes en quienes el amor del lucro reemplazaba al sentimiento del honor, pero que á los holandeses de nuestros dias les sonroja.

Duraba aún tal estado de cosas cuando los americanos y en pos de ellos los rusos, y luego sucesivamente los franceses, los ingleses y los demás Estados europeos obligaron al Japon á salir de su aislamiento y á concertar tratados de comercio. Fiel á las tradiciones de sus antepasados, el taicoun trató de oponerse con la fuerza á las invasiones extranjeras. Los daimios volvieron á sus pro-

plo especial, que consistió en una miserable choza redonda cubierta de paja, con una estera á guisa de puerta. En sus alrededores hay las viviendas de sus sacerdotes, que de vez en cuando derraman aceite de palma sobre un monton de hierro viejo situado en medio del mal llamado templo. Esta operacion la practican del modo siguiente. El fetichista llena de aceite la mitad de un cráneo humano; bebe despues en él, y cuando tiene la boca llena, arroja con fuerza el aceite sobre los hierros, repitiendo la misma operacion hasta apurar el líquido.

Con frecuencia Ogun tiene hambre, y necesita carne, prefiriendo la humana. En tiempo de guerra se la dan abundante; pero en tiempo de paz no la tiene sino cuando se queja, pues los esclavos son caros.

Cortan la cabeza de la víctima con el sable simbólico; retiran los intestinos para colgarlos del cuello del ídolo llamado Elegba (demonio), y el corazon es arrancado para servir de horrible festin á los fetichistas despues del sacrificio.

Al volver de una guerra, se sacrifica cierto número de prisioneros. Clávanlos por los piés en gruesos maderos, y los exponen á los rayos del sol. Cuando quedan sin sentido, derraman aguardiente sobre sus llagas vivas. Mientras tanto la multitud, en el exceso de su loca alegría, salta y danza. Dicen que las víctimas permanecen así tres dias antes de dar el último suspiro.

Antes los cadáveres de las víctimas eran expuestos delante de los árboles de Ogun (*Bombax Guineensis*), no atreviéndose hoy á practicarlos por temor á los blancos, á lo menos en las cercanías de la capital.

A veces Ogun, lleno de liberalidad, hace compartípes del sacrificio á otros ídolos; y en este caso córtanse los piés y brazos de la víctima para presentarlos á los dioses designados.

«En 1870, refiere el Rdo. Courdioux, pude asistir con mis compañeros á una parte de las ceremonias que acompañan una inmolación de este género. Habían aplastado á la víctima y la arrastraban atada por los piés. Una turba de sacerdotes y sacerdotisas precedíanla cantando con voz ronca versículos de la lengua sagrada. Las sombras del bosque hacían más horrible esta escena. Como el cortejo seguía la misma dirección que nosotros, no tardamos en encontrar la víctima suspendida de un árbol de Ogun. La cabeza, separada del tronco, estaba clavada debajo del cuerpo, y las entrañas habían sido ofrecidas á Elegba. Un año despues encontramos todavía vestigios de este horrendo holocausto inspirado á estos pobres negros por el poder infernal. El motivo de este sacrificio nos fué explicado del siguiente modo por los que en él tomaron parte activa. Un príncipe de la campiña á quien conocíamos mucho había caído enfermo. Los fetichistas, que al punto fueron consultados, declararon que Ogun tenía hambre y que era preciso aplacarlo para obtener la salud del príncipe. Señalóse un joven esclavo, y fué inmolado en el acto; pero el enfermo no recobró la salud, y á su muerte, acaecida poco despues, todos sus vasallos dieron rienda suelta á su alegría, porque así desaparecía uno de los grandes propagandistas de este culto homicida al dios Ogun en los bosques de palmeras que rodean la ciudad de Porto-Novo.»

(Se continuará).



vincias y fueron invitados á ponerlas en estado de defensa. Pero el peligro no estaba donde temia el taicoun, porque los europeos, al firmar tratados con él, habíanle reconocido y se ocupaban muy poco de la persona del mikado. El peligro estaba allí donde esperaba hallar la salvacion del país.

Los daimios no habían olvidado la historia. El deseo de vengarse y de reconquistar su independencia tomó gran incremento al recuerdo de lo pasado y al sentimiento de su impotencia para reivindicar su antigua grandeza. Empuñaron, pues, las armas, y cuando el Gobierno de Yeddo comprendió la falta que había cometido no era ya tiempo de repararla. Habiase formado en el Sud una poderosa liga que ensayó sus fuerzas en la provincia de Nagato. Aprovechándose de las dificultades que al Gobierno causaban esta lucha y las exigencias de los extranjeros, que reclamaban el cumplimiento de los tratados; cohonestando la toma de armas con el pretexto de salvar el país invadido por Europa y de poner fin á un poder usurpado, la liga reunió sus tropas, aseguróse de la persona del mikado, enarbolando su estandarte, y empenó la lucha.

Corría el año 1868. El actual mikado acababa de subir al trono, y el mismo taicoun no le había precedido en el poder más que algunos días. Grandes sucesos habían ocurrido en el Japon. Los europeos se habían establecido en Nagasaki, en Hakodaté hasta las puertas de la capital, y en Yokohama. Los representantes de las potencias extranjeras habían izado su pabellon por todas partes. La cruz, también la cruz dominaba los templos erigidos al verdadero Dios, afirmando la toma de posesion que el

Cristianismo hiciera de este país que le había proscrito. La Iglesia del Japon, á la cual creían muerta, salía de su sepulcro; en el silencio de la noche los hijos de los mártires iban á adorar al Dios de sus padres y á recibir en las fuentes sacramentales gracias para continuar sus combates y sus victorias. Impotente para reprimir á sus vasallos rebeldes y para cerrar la entrada de su Imperio al extranjero, el taicoun se creyó más fuerte contra Dios y quiso encender la persecucion, que por otra parte era

una tradicion de familia y había costado la vida á miles y miles de cristianos. Pero la hora de Dios había llegado, y su justicia debía castigar, en la persona del último taicoun, dos siglos de la más horrible persecucion.

En el centro del Japon, entre la capital del mikado y la ciudad taicouna de Osalta, halláronse en frente uno de otro dos ejércitos que iban á decidir de la suerte del imperio japonés. Empeñóse la batalla, y en lo más reñido de ella aparece de repente el estandarte del llamado Hijo del Cielo. A su vista, introdúcese el desorden en el campo del taicoun; y la defeccion de muchos principes que combatian por él ocasiona su derrota. El taicoun, no cre-

yéndose seguro detrás las altas murallas de su fuerte castillo de Osaka, emprende la fuga hasta Yeddo. Siguele de cerca el ejército del Sud, y sin encontrar resistencia llega á las puertas de la gran capital, en donde reina el terror. El taicoun abandonó á sus partidarios, é hizo renuncia del poder usurpado que le transmitieron sus antecesores para descender al rango de simple ciudadano.

El reinado de los taicounes había terminado, é iba á comenzar de nuevo el de los mikados.



COSTA DE LOS ESCLAVOS. — Sacrificios humanos en el Dahomey. (Pág. 55).



En otro lugar publicamos, tomado de una pintura japonesa, el retrato de Yeyas ó Daifosama, fundador de la dinastía de los taicounes, y los de Keiki, último taicoun, y del mikado actual, segun fotografías.

Yeyas (pág. 68), conocido en la historia con el nombre de Daifosama, fué el fundador de la dinastía taicouna de los Tocougawa, que reinó en el Japon hasta 1868. Señor de ocho provincias, habia sido designado por Taicosama (1585-1598) como tutor de su hijo el príncipe Hide-yori, que sólo contaba seis años. En 1600 hizose nombrar Daifosama por el mikado, y en 1603 recibió el de *koubo*, *shogoun* ó *taicoun* (generalísimo). En 1605 usurpó el poder y procuró hacerlo hereditario en su familia asociándose á Fidetada, su segundo hijo, con el cargo de *koubo*. Murió en 1616, dejando á Fidetada un poder no disputado.

El último taicoun, Keiki (pág. 69), de la casa de los Histots'bashi ó Shtots'bashi, que lo habia adoptado y cuyo nombre tomó, habia sucedido á Kii en 6 de Enero de 1867.

El actual mikado Mouts'hito (pág. 65), segundo hijo del emperador Komei-Tenno, es el 123.º Nacido en 3 de Noviembre de 1850, sucedió á su padre en 3 de Febrero de 1867, y casóse á principios de 1869 con Harou-Ko, hija de Itchidjo-Tadaka, noble de segundo grado. En caso que el mikado muriese sin dejar heredero directo, el sucesor deberá elegirse entre los miembros de las cuatro siguientes familias de príncipes: Katzura, Arisugawa, Fushimi y Kannin.

De la familia Katzura hay sólo un vástago, el príncipe Sumiko, nacido en 23 de Febrero de 1828. A la casa de Arisugawa pertenecen los príncipes Takahito, nacido en 5 de Enero de 1812, y Taruhito, en 19 de Diciembre de 1835: — á la casa de Fushimi el príncipe Sadanaru, nacido en 28 de Abril de 1858; — y á la de Kannin el príncipe Yassu, nacido en 21 de Setiembre de 1865.

## CEYLAN.

La predicacion de la fe en la isla de este nombre, una de las más importantes del Asia, data de san Francisco Javier (1544), y fué regada con la sangre de 700 mártires, entre ellos un hijo del rey de Jaffna. Ciento cincuenta años de la más atroz persecucion bajo el dominio de los holandeses no pudieron destruir la obra del gran Apóstol de las Indias. Este período tuvo tambien sus mártires, pues muchos misioneros y un gran número de indígenas fueron condenados á muerte en odio á la fe católica. Cuando en 1795 cayó la isla bajo el dominio de los ingleses, aún se contaban en ella unos 50,000 católicos, cuyo número ha ido siempre en aumento á pesar de la idolatría, del mahometismo, de la propaganda protestante y de otros obstáculos.

Actualmente está dividida en los dos vicariatos de Colombo y de Jaffna. Segun noticias recientes, en el primero han sido bautizados durante un año 4,059 niños, 153 protestantes convertidos y 700 idólatras. Total, 4,932 bautizos sin contar los que se han verificado en los hospitales. Se han celebrado 1,036 matrimonios, y han cumplido con el precepto de la Confesion y Comunión 51,055. Hay concluidas ó en construcción 170 iglesias, 15 escuelas inglesas, 7 mixtas de inglés y zingalés (lengua nativa), 112 en zingalés: total, 134, de las que 78 son de niños y las restantes de niñas, frecuentadas por 11,966 alumnos de ambos sexos. Cuéntanse 13 confraternidades religiosas con un total de 17,066 cofrades. El número de católicos en el vicariato de Colombo es de 122,962. Los Benedictinos tienen un monasterio con noviciado y escuelas en Kandy; los Hermanos de la Doctrina cristiana una casa con noviciado y escuelas en Colombo y otra escuela en Negombo; las monjas del Buen Pastor un convento con noviciado, asilo para huérfanos y escuelas en Colombo. Los católicos publican un

periódico en inglés y otro en zingalés, dirigidos principalmente á refutar las calumnias y blasfemias de los propagandistas protestantes contra la Religion y los misioneros.

Jaffna fué separada del vicariato de Colombo en 1845; y cuando murió su primer Vicario apostólico, en 1857, este Vicariato fué confiado á los Oblatos de María Inmaculada en la persona del Ilmo. Sr. Semeria, de la expresada Congregacion. Este prelado murió en 1868, legando á su sucesor, el Ilmo. Sr. Bonjean, una Mision establecida sobre sólidos cimientos. El desarrollo de las obras y el aumento de la poblacion católica observaron despues de su creacion una marcha ascendente; y por eso la Santa Sede se resolvió á conceder al Vicario apostólico un coadjutor, el Ilmo. Sr. Melizan (1).

Como demostracion de los progresos que allí hace el Catolicismo, vamos á extractar lo más principal de una carta escrita últimamente por el Ilmo. Sr. Bonjean, actual vicario apostólico y obispo de Medea *in partibus*.

«El vicariato de Jaffna, que tiene una extension de 25,000 millas cuadradas con cerca de un millon de habitantes, de los cuales son católicos 70,000, comprende cuatro de las siete provincias de que se compone la colonia inglesa de Ceylan.

«En 1850 no habia en el vicariato más que 14 misioneros, 50,500 católicos, y 27 escuelas.

«Los dos primeros obispos hubieron de sostener una lucha vivísima contra el cisma de Goa y los ministros protestantes. Hoy está ya extinguido el cisma, gracias á la intervencion de la Inmaculada Virgen; y la union fraternal que existe entre el arzobispo actual de Goa y el vicario apostólico lo hacen imposible.

«Los trabajos infatigables de los misioneros, el ejemplo de su santa vida y sobre todo su heroico desprendimiento hasta de la propia existencia durante las terribles epidemias que se han sucedido en el país, la creacion de una imprenta y de un diario católico, el establecimiento de 104 escuelas de instruccion primaria, en las cuales más de 6,000 niños de uno y otro sexo reciben una educacion enteramente cristiana, han destruido la perniciosa influencia del protestantismo, que estuvo preponderante por espacio de más de treinta años.

«A pesar de todo, quedan todavía más de 700,000 infieles para convertir, pues los católicos están en proporcion de un diez por ciento del total de la poblacion. Casi la mitad de estos infieles son sectarios de Siva; los restantes, de Budha. La conversion de los primeros es sumamente difícil; sin embargo, pertenecian á aquella secta más de la mitad de los 12,000, á poca diferencia, que fueron convertidos en 1850.

«La evangelizacion de los budhistas de las provincias marítimas ha dado excelentes frutos; pero la de los habitantes del interior, que se elevan á 300,000, sólo está iniciada: progresaria rápidamente, pero la escasez de misioneros se opone á su desarrollo.

«Desde 1850 hemos bautizado 61,000 niños hijos de padres cristianos, formando un total de 73,000 bautizos. Desde 1867 el número de misioneros ha subido de 22 á 34; el de las Hermanas europeas de 6 á 17; el

(1) Nació en Marsella el 27 de Setiembre de 1844. Nombrado poco há obispo de Adrana *in partibus*, recibió la consagracion episcopal de manos del Ilmo. Sr. Bonjean en la iglesia de Nuestra Señora del Monte, en Marsella, el 24 de Enero último.



de las Hermanas indígenas, de 3 á 29; el de las Misiones con sacerdotes residentes, de 14 á 23; el de las escuelas católicas, de 31 á 104; y el de los alumnos que concurren á ellas, de 1,378 á 6,272.

«Se ha fundado igualmente un pequeño seminario eclesiástico que cuenta 20 alumnos, de los cuales 13 van disponiéndose para las órdenes sagradas, y 7 han recibido ya el presbiterado. Están en vísperas de recibirlo otros 2 de sus compañeros.

«Tenemos 5 huerfanatos que cuentan 350 huérfanos de uno y otro sexo; 1 catecumenado, 2 conventos de religiosas europeas, 2 de indígenas, 263 iglesias, 2 santuarios, esto es, Nuestra Señora de Madu y el de Santa Ana, á los cuales afluyen cada año de 6,000 á 20,000 peregrinos; una prensa tipográfica en la cual se imprimen libros escolares, religiosos y de controversia, y un periódico semanal en tamul y en inglés.

«Para conservar y acrecentar todas estas obras, dar á nuestros 70,000 cristianos diseminados por este vasto país los necesarios auxilios religiosos, predicar continuamente las misiones, ejercicios espirituales, y evangelizar como conviene á nuestros 700,000 infieles, nos conveniría á lo menos que viniesen 20 misioneros más de los que somos aquí.

«Durante la época del hambre y del cólera, que ha hecho en el Vicariato de 25 á 30,000 víctimas, hemos bautizado unos 1,000 adultos paganos y 50 niños; hemos creado dos nuevas cristiandades, dotadas de pequeñas, pero bellísimas iglesias; hemos tenido la suerte de poder distribuir abundantes socorros, gracias á la caridad de las naciones católicas, á millares de hambrientos, de viudas y de huérfanos. Naturalmente nada nos queda ya de aquellos extraordinarios auxilios; pero nos quedan, sí, 72 huérfanos recogidos durante aquella calamidad tan espantosa, para cuyo sostenimiento únicamente contamos con lo que la Providencia divina se digne enviarnos. Este infortunado país continúa todavía en la mayor miseria por falta de las lluvias anuales. El inmueble comprado para el establecimiento del seminario eclesiástico aún está gravado con un descubierto de 25,000 francos. El mismo seminario lo tenemos todavía en construcción. La catedral, el santuario de Nuestra Señora de Madu y otras cuatro ó cinco iglesias se nos están arruinando, y exigen reparaciones costosísimas. Por último, hace muchísima falta un colegio de instrucción secundaria.

«El catecumenado nos promete un número de conversiones proporcionado á los gastos que podamos hacer. Contando con el sostenimiento de los catequistas y manutención de los catecúmenos, cada neófito nos cuesta, por lo menos, 15 pesetas. Cuéntese, pues, con que cada ofrenda de 15 pesetas nos asegura un neófito.

«El espíritu de nuestras poblaciones cristianas es bellísimo: sujeción absoluta y exacta obediencia á los sacerdotes; bastante generosidad para atender á las necesidades del culto; una tierna devoción á María Inmaculada; un vivo amor á la Iglesia y al Papa, son los rasgos consoladores que les caracterizan. En la Misa del domingo hay mucha concurrencia, y estamos contentísimos de la frecuencia y fervor con que reciben los santos Sacramentos. El número de comuniones anuales varía de 40 á 50,000.

«Las Obras de la *Propagación de la fe* y de la *Santa Infancia*, los generosos donantes de las limosnas que recibimos y los asociados que ruegan por nosotros, participan de un modo especial de todas las buenas obras que se practican en Jaffna. Muchas y utilísimas son, pero mayores las que se necesitan.

«Católicos y sacerdotes de Europa; todos los que amais á Jesucristo: echad una mirada sobre esos millares de infieles que dirigen á vosotros sus manos suplicantes; venid á auxiliarles, ó por vuestras dádivas, ó entregándoos personalmente á ellos, y encontraréis en el cielo una recompensa hermosa y sin límites.»

## PERSIA.

El Ilmo. Sr. Cluzel, delegado apostólico en Persia, ha dirigido la siguiente relación al H. Genin, de la Congregación de la Misión:

### I.

Mi viaje á Teheran ha sido feliz y ventajoso para mi influencia en este país, habiendo conseguido mejores resultados que tres años atrás, cuando me encaminé á dicha ciudad para entregar á Su Majestad persa la carta y los regalos de Pío IX. Esta vez prolongué allí mi estancia durante el invierno, estación más favorable para nuestros asuntos, ya que en aquella época del año todos los ministros permanecen en la ciudad, y hasta el Shah reside en ella por más tiempo que en las otras estaciones. Es también la época en que todos los grandes personajes de Persia afluyen á Teheran, y actualmente los había además en gran número de Tauris, Ourmiah y otras localidades de nuestra vasta provincia de Azerbeidjan, todos los cuales han visto las consideraciones de que se ve rodeado en la capital el delegado de la Santa Sede. Así es que á mi regreso he encontrado mayores miramientos, tanto por parte de las autoridades como de los grandes señores, muy numerosos en Ourmiah.

En Teheran, Su Alteza Miya Houssein Khan, ministro de Negocios extranjeros y de la Guerra, me recibió con particular benevolencia, y un día me dijo:

—Cuente S. Ilma. con mi estimación. S. Ilma. tiene en Persia una misión, y la cumple tan honrosamente, que aunque hace muchos años vive en el país, nunca ha dado á nuestro Gobierno el menor disgusto, á diferencia de otros.

Estas últimas palabras aludían á los protestantes de América.

No fué menos lisonjero el recibimiento que me hizo el Shah. Dirigile un corto discurso para notificarle la elección de Leon XIII como Soberano Pontífice y agradecerle sus buenas disposiciones con sus súbditos católicos. Su Majestad me dijo que había sentido vivamente la muerte de Pío IX y que hubiera deseado muchísimo ver á ese Papa extraordinario; pero que, no habiéndole sido posible, iría al menos á saludar á Leon XIII en su próximo viaje á Europa. Tal era su intención, y mucho me duele que no haya realizado su proyecto.

Todas mis visitas á la Corte revestían cierta solemnidad, gracias á los medios que se esmeraban en proporcionarme el Sr. Mellinet, representante de Francia, quien puso á mi disposición su coche, sus caballos, sus guar-



días y sus criados. Así pude gastar cierta pompa, que es lo único que aquí da prestigio.

Hé aquí algunos hechos en apoyo de lo dicho.

Cuando necesitamos construir una capilla en algun pueblo, á menudo tenemos que luchar con el propietario, que nos hace oposicion, á lo menos para arrancarnos dinero y vendernos más caro el terreno indispensable. Así, pues, en estos últimos tiempos una dama musulmana muy rica, llamada Masti Kaoum, nos dió por escrito, espontáneamente y de muy buen grado, un terreno de su propiedad para construir en él un oratorio, con más una fanega de tierra para cultivarla en provecho de la iglesia. Hace poco partió para Teheran con objeto de dar su mano á uno de los primeros magnates de la Corte, dejándome antes escrita de propio puño una carta llena de alabanzas en la cual me llama Padre y me encarga vigile sus numerosas propiedades y le avise si sus *rayas* son maltratados por sus administradores ó superintendentes.

El hecho siguiente es todavía más significativo, y ha tenido mucho eco en Ourmiah.

Como sabeis, existe entre los mahometanos una raza de hombres que se llaman Chiytas, muy numerosa en Persia. Danse como sucesores de Mahoma, y aunque no faltan entre ellos algunos personajes respetables, preciso es confesar que en su mayoría honran poco á aquella ilustre descendencia.

Uno de estos Chiytas, famoso por su ruindad y malicia, que muchas veces descargaba sobre los cristianos, fué asesinado por otro musulman no Chiyta. El asesino logró escapar, pero su casa fué saqueada é incendiada.

En los primeros días de Julio compareció el asesino en virtud de órdenes de la autoridad superior de Tauris para hacerse indemnizar de los perjuicios que se le habian causado, fingiéndose inocente del crimen que se le imputaba. Apenas se supo su llegada los Chiytas hicieron pesquisas por encontrarle. Dieron con él un día en la calle, y lo hubieran muerto al momento á no haber logrado escabullirse en el patio de la casa de un gran personaje, coronel de artillería. Los Chiytas prorumpieron en gritos y amenazas en torno de la casa, y acudieron á la autoridad para que se les entregase al hombre «de su sangre,» como dicen aquí. Procuróse entretenerlos con promesas; pero como era un deshonor para el coronel entregar aquel hombre, culpable ó no, que se habia refugiado en su casa, proporcionáronsele medios para evadirse.

Viéndose engañados, los Chiytas fueron en gran número á casa del *cheik-ul-islam*, y le dijeron:

—Puesto que así se burlan de nosotros y no nos entregan al asesino de nuestro hermano, descendiente de Su Majestad el Profeta, y puesto que no hay justicia en el Islam, vamos á acogernos al califa del Papa, bajo la bandera francesa, y de allí no saldremos hasta que se nos haya entregado al asesino.

El *cheik-ul-islam* quiso disuadirles, pero en vano.

Nada sabíamos de lo que sucedía, cuando el 12 de Julio á las cinco y media de la tarde una numerosa turba de Chiytas, que no bajarían de ciento, invadió nuestro patio. Calcúlese el espanto de nuestros cristianos ante aquella invasion, creyendo que iban á saquear nuestra casa y tal vez matarnos.

Presentéme á la multitud, y si pude concebir algun temor disipóse pronto al ver á los principales de ellos echarse á mis piés, cogirme de la sotana y tomarme las manos para besarlas. Pedíanme ayuda y proteccion, y se proponían no salir de mi casa hasta que se les entregase el culpable.

—¡Ya no hay Islam! gritaban á una: ¡no hay justicia entre nosotros! ¡somos cristianos! ¡somos franceses! ¡somos rusos! ¡somos ingleses!

En medio de su frenesí querían entrar en la iglesia, subir á los techos y hacer resonar sus gritos por toda la ciudad.

No era prudente despedirles bruscamente, y les dirigí buenas palabras, prometiéndoles hacer todo lo que pudiese en su ayuda. Hice prevenir al gobernador, y se puso luego en movimiento para librarnos por modo suave de la presencia de aquellos huéspedes, que me gustaban muy poco. He dicho «por modo suave,» porque los Chiytas son tercos y obstinados, y á continuar en sus trece no hubiera habido modo de hacerles salir por fuerza.

El *cheik-ul-islam* y otros personajes parlamentaron con ellos, no acabándose la funcion hasta las diez de la noche. Durante más de cuatro horas permanecieron allí nuestros Chiytas, cuyo número iba siempre en aumento, sin parar en sus vociferaciones más que á cortos intervalos. Iban y venían, volviendo á entrar muchos con fusiles, pistolas, machetes, etc.: no obstante, todo concluyó pacíficamente. Al fin pudimos cerrar las puertas, habiéndose retirado todos los Chiytas.

Para decidirles á renunciar á su derecho de asilo en nuestra casa, se les atrajo á la del *cheik-ul-islam*, bajo la falsa promesa de probar nuevos esfuerzos cerca del coronel y abandonarles su casa si no entregaba al asesino; pero al mismo tiempo inducíase al coronel á ausentarse. Efectivamente, ausentóse aquella misma noche, y los Chiytas dejaron su casa tranquila. Véase hasta qué punto cuenta con ellos la autoridad. Por mi parte debo decir que durante las cuatro interminables horas que permanecieron en casa, guardaron con nosotros una conducta irreprochable. No cesaban de excusarse por el desórden que allí habian introducido, pero protestaban que habiéndose refugiado bajo nuestro techo no saldrian sin haber obtenido justicia.

En fin, al retirarse, no se cansaban de darme las gracias por la hospitalidad que les habíamos concedido, añadiendo:

—Si no se nos contenta volverémos mañana; y si nos vemos obligados á marchar á Tauris, os pediremos una carta para el cónsul de Francia.

A todo les dije *amen*, y nos despedimos con toda cortesía.

Pocos días despues volvieron á presentarse, pero sólo en número de cuatro ó cinco, para rogarme que escribiese á nuestro cónsul, puesto que debían ir á Tauris para reclamar á la autoridad superior de la provincia. Respondíles que ya lo habia hecho; como en efecto escribí anteriormente algunas líneas al Sr. Emerat explicándole este incidente.

Algunos Chiytas fuéron á Tauris, en donde el coronel se les habia anticipado para quejarse de ellos, y más aún de la autoridad que habia enviado soldados á su casa



para obligarle á entregar el culpable. Al parecer, álguien lograria conseguir una reconciliacion, porque los Chiytas y el coronel se han vuelto amigos.

En todo esto la autoridad hace oídos sordos, pues el Chiyta asesinado era un hombre detestable, y segun se asegura él habia sido el agresor. Sin embargo, no transcurrirán muchos días sin que los Chiytas, aprovechando la primera ocasion favorable que se les presente, dejen de vengar con toda impunidad la muerte de su hermano.

## II.

En este invierno, durante mi ausencia, nuestros cohermanos han trabajado mucho, y la cosecha ha sido abundante.

Todo el pueblo de Khanichan, compuesto de veintiseis familias nestorianas, se ha convertido, excepto una familia. Falta en él una capilla.

En Ada, donde construimos una el año pasado, hemos contado sesenta conversiones. Esta capilla de la Santa Familia realiza las esperanzas que en ella habíamos fundado y que los protestantes comprendieron, lo cual les indujo á hacernos toda la oposicion que les fué posible.

En varios pueblos situados al Norte del llano muchas familias han entrado en la santa Iglesia.

En la parte meridional se han convertido en Alkaiseis familias sometidas á muchas pruebas por la persecucion. Otras siete familias han abrazado el Catolicismo en Kara-Gassanly, pequeña poblacion que nos da muchas esperanzas, y en donde, no pudiendo otra cosa, he construido una pequeña habitacion que servirá provisionalmente de oratorio.

Los mismos consuelos hemos tenido en otras poblaciones, y no hablo de conversiones aisladas, que han sido muy numerosas. En dos pueblos se han convertido tambien muchas familias armenias, caso digno de notarse, pues los armenios de Ourmiah se mantenian enteramente retraidos.

Pasan de cuatrocientas las conversiones obradas durante este invierno, contando en este número los niños, que pronto serán mejores católicos que sus padres.

Actualmente tengo en construccion dos grandes capillas: una en Chamya-Djian, y otra en Mavana, en las montañas donde existe una de nuestras mejores y más numerosas cristiandades. Para cubrir los gastos sólo cuento con 1,500 francos y no bajarán de 5,000 los que necesitaré.

El año próximo necesariamente deberé construir otras en Yuiguidjè, Dirjeh-Tikies y Khanichan. El primero de estos pueblos, que cuenta más de cincuenta familias, es casi todo católico, y sólo tenemos allí un pequeño oratorio. El segundo cuenta más de cien familias, y hace dos años que el Catolicismo progresa en él rápidamente á pesar de la viva oposicion de los protestantes. En Khanichan es de todo punto necesaria una capilla. Otros muchos pueblos las reclaman, pero sólo hablo aquí de las necesidades más urgentes. Para la construccion de tantos santuarios no cuento sino con la Providencia y con lo que la caridad de los católicos tengan á bien enviarme.

Un misionero de Persia residente en Khosrova nos comunica tambien las siguientes tristísimas noticias, posteriores á las del Ilmo. señor Cluzel:

Nos amenaza en Persia la misma plaga que acaba de sembrar la desolacion y la muerte en las Indias y en la China. La carestía es tal que pronto los habitantes de estas comarcas se verán reducidos á morir de hambre, si Dios no lo remedia. Es la segunda vez que esto acontece en el espacio de nueve años. Sin embargo, en 1872 el Azerbeidjan fué la provincia menos desgraciada, y sin la incuria del Gobierno local nada habríamos tenido que sufrir. Hoy, al contrario, el Azerbeidjan es hasta el presente la única castigada. Aquí, en Khosrova, la medida de trigo, que ordinariamente se vende á 10 pesetas, cuesta ya 50, y aún ¡ojalá se encontrase á este precio! Pero los musulmanes se niegan á ceder á los cristianos trigo ó pan; los monopolizadores abusan de la miseria general para hacer un vergonzoso tráfico, y poco les importa que el pueblo se muera de hambre, seguros de enriquecerse más tarde, cuando la miseria obligue á los desgraciados *rayas* á comprar al precio que se les exija y cueste lo que cueste.

En la frontera de la Turquía asiática la carestía es aún mayor, de modo que los habitantes se ven precisados á emigrar, y no sabiendo á dónde ir, refúgianse en Persia, y aquí llegan medio desnudos y en numerosas bandas. Los kurdos no cuentan con más recursos que los cristianos, pero tienen más audacia. No satisfechos con entregarse al pillaje y al saqueo en las grandes rutas de las montañas, descienden al llano, y en los pueblos de Salmas véense obligados sus habitantes á estar en guardia las noches enteras. Así y todo hacen aquellos frecuentes correrías y no vacilan en dar muerte á cualquiera que intente resistirles. Hostigados por el hambre, y armados con fusiles Martini que les dieron ó que ellos tomaron durante la guerra turco-rusa, se enseñorearán de todo, y los pacíficos habitantes del llano deberán resolverse á partir con esos huéspedes peligrosos hasta el último mendrugo de pan. El Gobierno ninguna medida toma para remediar tal estado de cosas; y aunque al parecer se intentaba prohibir la exportacion del trigo, el príncipe gobernador del país, como buen persa, se contenta con imponer fuertes sumas á los que van á vender en Turquía. Por otra parte los habitantes, de origen turco en su mayoría, son indolentes en extremo, y aguardan tranquilamente los sucesos. No así los verdaderos persas, que son más laboriosos.

Los cristianos tienen al mismo nivel que los musulmanes el espíritu de iniciativa, y por otra parte son generalmente tan pobres que no pueden comprar trigo sino tomando prestado á los usureros, que los arruinan por completo. Su último recurso es venir á nosotros; pero ¿qué podemos en frente de tanta miseria? Si la Providencia divina no viene en nuestro auxilio, no sé cómo podremos salir de apuros. Los pobres asedian de continuo nuestra puerta, sobre todo en Ourmiah, y pasan de ciento cada día los que alimentamos. En Khosrova la miseria es menor, porque emigrando cada año á Tiflis, en Rusia, un gran número de habitantes se procuran algunos recursos para comprar trigo. Sin embargo, muchas familias de Khosrova, sobre todo de los demás pueblos de Salmas, se ven actualmente reducidos á la mendicidad.



Suponiendo que la próxima cosecha sea buena, lo cual depende de las circunstancias, la carestía de víveres irá siempre en aumento hasta dicha época. Júzguese de lo dicho los sufrimientos por que deberán pasar estos infelices y sobre todo los cristianos, á quienes los musulmanes rehúsan cruelmente vender trigo.

La circunstancia de ser el hambre enteramente local hace que nadie fije su atención en ella; mas no por esto es menos terrible, con tendencias á generalizarse. Hallábame en Teheran hace un mes, y nadie hablaba del hambre: sin embargo, supe que todo había aumentado de precio. ¡Ah! si en la próxima primavera llega á faltarnos la lluvia, toda la Persia se verá amenazada de un azote tanto ó más terrible que el de 1872!

El mundo cristiano ha hecho prodigios de caridad socorriendo á los hambrientos de la India, de la China y de Abisinia: juzguen si nuestros pobres cristianos de Khosrova y de Ourmiah son dignos del mismo favor.

## CANADÁ.

*Relacion del Ilmo. Sr. Grandin, de los Oblatos de Maria Inmaculada, obispo de San Alberto.*

La diócesis de San Alberto está dividida en dos partes: la del Sudoeste, terreno que puede colonizarse, y la del Noreste, que al contrario no es susceptible de ninguna clase de cultivo. Cada uno de estos territorios iguala en extensión al de Francia, diferenciándose en la población, la cual es mucho más reducida, aunque á punto fijo no sabría determinar su cifra. Como la mayor parte de mis diocesanos llevan una vida errante, es muy difícil hacer de ellos un padrón exacto. Dijéronme un día que mi inmensa diócesis se componía de unas 40,000 almas entre europeos y salvajes; apreciación que me pareció entonces poco más ó menos exacta, pero es muy posible que vista la rapidez con que aumenta la población, gracias á una inmigración no interrumpida, particularmente en la parte Sudoeste, haya ascendido desde entonces al número de 50,000. Los católicos llegan á 13,000. Además de los inmigrantes civilizados que llegan del Canadá y de los Estados-Unidos, los Sioux, salvajes que hasta ahora habían permanecido en territorio de la gran república, acaban de pasar, según me aseguran, en territorio inglés y en particular á mi diócesis, para escapar á la destrucción que les amenazaba.

### I.

Para facilitar la colonización el Gobierno del Canadá ha hecho un contrato con los salvajes que habitan al Sudeste de la diócesis de San Alberto, y les ha señalado tierras para su uso especial, las cuales no podrán cederse á los inmigrantes. Cada jefe de tribu tiene su porción, que habita con veinte ó treinta familias. Por lo tanto nos fuera preciso tener en medio de cada una de estas agrupaciones una capilla, una escuela y una habitación para el misionero.

Al lado de los salvajes tenemos los mestizos, que empiezan á dejar su vida errante y á fijarse en determinados terrenos para cultivarlos; pero generalmente no quieren renunciar á su género de vida más que con la condición

de que el sacerdote habite entre ellos. Nos hemos visto ya obligados á establecer Misiones en varios puntos de mestizos, siendo este el origen de San Alberto y de otros establecimientos nuestros del Oeste.

Para fomentar la inmigración se ha dotado á nuestro territorio de un gobierno regular, constituyéndose una milicia para la defensa de los colonos; lo cual hace que todos los años crezca el número de extranjeros que vienen á establecerse entre nosotros. Estos, casi todos de origen inglés, son generalmente protestantes ó irreligiosos, y, con dolor lo decimos, muchos de ellos sin familia, sin patria y sin religión, no son á propósito para civilizar salvajes, por más que hablen de civilización y de progreso. Pero ¿á qué ocultarlo? los hay incomparablemente más inmorales que los mismos salvajes. En el corto espacio de tiempo que aquí residen han empobrecido ya el país destruyendo la caza, y es de temer que acaben su obra de destrucción con sus ejemplos y doctrinas; porque añadiendo á sus costumbres depravadas actos de violencia, pronto habrán desaparecido los indígenas, y sus bienes pasarán á manos extranjeras.

La conducta que el Gobierno observa en este caso es digna de alabanza, pues previendo sin duda la suerte que aguarda á estos infelices, hace todo lo que está á su alcance para retardar esta desgracia. Ha prohibido terminantemente el comercio de bebidas alcohólicas, ha dado á los salvajes tierras laborables, semillas é instrumentos de labranza; pero á pesar de los enormes dispendios que por ellos se impone nada consigue, sino la expresada prohibición de los licores fuertes. «¿Cómo quieres, me decía un jefe salvaje, cómo quieres que cultivemos la tierra, nosotros que no hemos empuñado en nuestra vida más que la flecha y el fusil? Si quieres convertirnos en colonos, si deseas impedir nuestra muerte, danos Padres y Hermanos que eduquen á nuestros hijos, les enseñen á construir casas y á cultivar la tierra como los blancos.

Sobre todo de dos años á esta parte hemos visto cuán difícil es hacer frente á tantas necesidades. Hemos fundado en esta parte de mi diócesis siete nuevas Misiones; mas ¿qué digo fundado? no puede darse el nombre de fundación á la construcción de una mala barraca que sirve á la vez de capilla y de habitación á uno ó dos misioneros, que á sus grandes trabajos añaden una abnegación sin límites. Desde allí van á visitar las poblaciones más cercanas, enseñan la religión á sus moradores y los estimulan á cultivar la tierra. La insuficiencia de recursos y su pequeño número no les permiten hacer más. Para enseñar ellos mismos la agricultura, fuera preciso tener una granja-modelo, además de un numeroso personal, y sobre todo escuelas para inclinar los niños al trabajo. Los recursos que puedo suministrar á los misioneros son tan exiguos que apenas les bastan para vivir, aún imponiéndose muchos sufrimientos y privaciones. Así, siéndoles enteramente imposible el proveer á la vida corporal de los salvajes, se han visto en la precisión de ocuparse únicamente en la salvación de sus almas. ¡Cuán triste es pensar que de todo estos indios que hoy se bautizan, tal vez dentro de algunos años ni uno solo existirá!

En la parte Sudoeste de mi diócesis tengo sólo dos establecimientos, los más completos de la Mision, en



los cuales se instruyen algunos niños en la agricultura, el trabajo, la economía doméstica, etc.

## II.

La parte Noreste de la diócesis de San Alberto, como impropia para la colonización, está exenta de los inconvenientes que la inmigración trae consigo. En la imposibilidad de poder abarcarlo todo, había pensado someter esta porción de mi rebaño al cayado de otro Pastor, porque me veía en conciencia obligado á llevar ante todo mis cuidados y esfuerzos allí donde me parecía ver en mayor peligro, hasta de su propia existencia, á los pobres salvajes; y confieso que he estado á punto de descuidar esta parte de mi vasta diócesis, y de no sostener más que los dos establecimientos existentes; pero como sobre el particular no había contado con el heroico valor de los misioneros, éstos me decidieron á pasar adelante. Como sus cohermanos del Sudeste, los misioneros de esta parte se sacrifican generosamente, yendo á visitar á los infieles y transformándolos poco á poco en cristianos. ¿Cómo rehusar el pan de la verdad á estos pobrecillos hambrientos que me lo están pidiendo? Los idiomas que entre ellos usan son diez, y los misioneros se ven obligados á aprenderlos. La mayor parte del año nuestros viajes se verifican en trineos, arrastrados por los perros.

En esta parte de mi diócesis tengo cuatro establecimientos en construcción. Tal vez diréis que voy demasiado lejos y que debería igualar mi zelo á mis recursos; mas ved lo que me escribe un misionero:

«El año último me encontré con algunos cazadores, y pude pasar con ellos el tiempo necesario para instruirlos. Quedé tan contento de sus buenas disposiciones, que les bauticé, prometiéndoles antes de alejarme que les visitaría al año siguiente á orillas de un lago para el cual me dieron cita. He sido fiel á mi promesa, y con placer he visto que mis cristianos no solamente han perseverado, sino que han enseñado á sus parientes y amigos todo lo que sabían sobre nuestra santa religión. He pasado algunos días con ellos, que no me dejaban un instante de reposo, pues me era preciso instruirles siempre y en todo lugar. Antes de separarme de ellos he bautizado á treinta y cuatro.»

En presencia de tales disposiciones y de tales resultados, ¿cómo rehusar mi cooperación? Los mismos misioneros y salvajes me obligan aquí como en el Oeste á extender nuestro apostolado y á fundar nuevos establecimientos.

## COREA.

RELACION DEL CAUTIVERIO DEL ILMO. SR. RIDEL.

### VII.

El 16 de Marzo por la mañana noté cierta agitación que no sabía á qué atribuir. Estaba entonces encerrado en una pequeña habitación cuya puerta daba al patio, y por uno de sus resquicios pude ver que traían una silla de posta. Vino en seguida el jefe y me dijo:

—Obispo, sube.

—¿A dónde quereis llevarme?

—Luego lo sabrás: acomódate pronto.

Quise tomar mi breviario, pero me dijo:

—Ninguna falta te hace; déjalo aquí, yo me encargo de él.

Me siento en la silla, dos conductores la levantan, y la acompañan dos satélites, uno de los cuales al traspasar la puerta deja escapar esta exclamación: «¡Infeliz! ¡Si al menos se le hubiera enviado á su país!»

Durante el trayecto me preguntaba á mí mismo dónde se me llevaba. Por lo demás, estaba dispuesto á todo y me había entregado con entera confianza en manos de la Providencia, deseando sólo hacer la voluntad de Dios. Llegamos delante de un gran edificio, y la silla se detuvo. Abrieron la puerta, y todos entraron excepto yo, que como prisionero debía hacerlo por otra puerta más pequeña reservada á los criminales. Vednos ya en un gran patio que conduce al tribunal, y me obligan á entrar en un pequeño cuarto que se hallaba á un lado. Al cambiarse los satélites entre sí algunas palabras, lo comprendí todo; me habían conducido al tribunal de la izquierda. ¿Por qué motivo? Ordinariamente, cuando se cambia de tribunal, es para que el proceso se haga con más rapidez y tome otro giro.

Muchos empleados vinieron á verme, y conocí algunos por haberles visto ya en el tribunal de la derecha. Inútil hubiera sido preguntarles, porque ó hubieran contestado de una manera evasiva, ó hubieran mentado: lo mejor era dejarles hablar. Pronto comprendí que se trataba de un juicio que debía sufrir ante los dos jueces de lo criminal, el de la derecha y el de la izquierda, reunidos al intento, y que por último debían pronunciar mi sentencia. Pedí á Nuestro Señor que me diera valor y me inspirase palabras de sabiduría y prudencia para contestar según su espíritu y para bien de esta pobre Misión, y puse en sus manos mi futura suerte.

Al rededor de mí los satélites hablaban, reían, gritaban y fumaban. Después de largo rato me avisaron que los jueces me esperaban.

Me levanté, y los satélites se apresuraron á sacarme al patio, y me entregaron á un verdugo, quien tenía en la mano una cuerda roja. Esta cuerda sirve para atar á los criminales, ladrones y asesinos; es ocho codos larga; en una de sus extremidades lleva un adorno de cobre figurando la cabeza de un dragón, y tiene ensartada una docena de anillos del mismo metal. El verdugo empezó á atarme; me pasó la cuerda por encima de los hombros, cruzándola por el pecho, y atóla por detrás, teniéndola por el extremo que figuraba la cola del dragón. Luego me hicieron avanzar hácia el sitio en que estaban reunidos los jueces. El pueblo no era admitido allí, pero había muchos soldados y empleados del Gobierno en calidad de curiosos. Caminábamos entre dos filas de empleados subalternos de la prefectura de policía, treinta á la derecha y otros tantos á la izquierda; vestían pantalón blanco; el resto del traje era negro ó azul oscuro, y llevaban en la mano enormes palos encarnados, del grosor de un brazo y de ocho piés de largo. Eran los verdugos. De pronto se me hizo parar en una especie de estera que habían tendido en medio del patio.

Delante de mí y á los lados se hallaban los jefes de los satélites, y en medio los copistas se disponían á escribir. En el fondo, á diez pasos de mí, los dos jueces estaban sentados sobre esteras y recostados en ricas almohadas de seda. Vestían de grande uniforme: birrete ó mitra de



crin con volantes colgando de cada lado, gran túnica de seda azul, recogida por un cinturón ricamente adornado de conchas de tortuga ó de piedras preciosas. El de la derecha se llamaba Kim, y le había visto otras veces: tenía cara redonda y alegre, y parecía contar de cuarenta á cincuenta años. El de la izquierda era Nikyeng-ha, el juez del Ilmo. Berneux y de otros hermanos nuestros, tristemente célebre por sus numerosas ejecuciones en 1866: representaba unos sesenta años; sus ojos retrataban el desprecio y la crueldad; nunca escuchaba consejo ni súplica alguna, y todo lo quería decidir por sí mismo. Todos los asistentes estaban en pié, dispuestos á ejecutar las órdenes de sus jefes, ó más bien del jefe; esto es, del juez de la izquierda, porque él solo podía hablar, él solo dar órdenes, mientras el de la derecha parecía únicamente su ayudante. Después de dirigir una mirada á mi alrededor quedéme en pié. Los satélites me gritaron:

—¡Arrodíllate!

No hice caso.

—¡De rodillas... de rodillas... de rodillas...!

La misma inmovilidad por mi parte. El juez, que contemplaba aquel alboroto, me dijo:

—Siéntate.

Inmediatamente satélites y verdugos, con semblante risueño y como si de ellos procediera la orden, gritan:

—Siéntate, siéntate.

Me senté sobre la paja, cruzando las piernas según costumbre de Corea, y comenzó el interrogatorio.

—¿Cómo te llamas?

—Ni-Pok-Myeng-hi.

En coreano *Pok* quiere decir felicidad, dicha ó ventura; *Myeng-hi*, claridad: tal es la traducción de mis dos nombres de bautismo Félix-Claro.

—¿Qué edad tienes?

—Cuarenta y nueve años.

—¿En qué año naciste?

—En el año Kyeng-hin (1830).

—¿Cuándo viniste á Corea?

—En la séptima luna.

—¿Qué otros misioneros hay en Corea?

—Cuatro.

—¿Dónde están?

—En dos meses que estoy preso, sin noticias de ellos, ¿puedo saber dónde se encuentran?

—¿De dónde eres?

—De Poul-lan-sya.

—Escríbelo.

Trajéronme papel y pluma, y escribí *Poul-lan-sya* en coreano. El juez miró y dijo:

—Escríbelo también en tu lengua.

Escribí *Francia*.

—¿Tienes alguna dignidad en tu país?

—Nunca he tenido dignidades, ni ejerzo función alguna.

—Cuando vuelves á tu país, ¿te dará tu gobierno grandes empleos, una alta dignidad?

—He venido á Corea únicamente para vivir y morir aquí. Pero aunque volviese á mi país, tened entendido que no desempeñaría cargo alguno.

—Se me ha enseñado tu pasaporte. ¿De quién lo has obtenido?

—De la Corte de Pekin, que lo da á todos los misioneros para que puedan circular por China sin obstáculo alguno.

—¿Qué sello hay encima?

—El del Gobierno chino.

—¿Lo has pedido tú mismo?

—No, el ministro de Francia que reside en Pekin lo pidió en mi nombre.

—¿Cómo se llama ese ministro?

—Luis Geofroy.

—¿Cómo dices?

—Luis de Geofroy.

Todos los circunstantes, aplicando el oído, procuraban repetir este nombre, haciendo mil gestos, pero en vano. Difícil me era contener la risa, y les dije que este nombre, siendo francés, tiene sonido diferente que los de la lengua coreana.

—Pero ¿cómo pronuncias tú las palabras de nuestra lengua?

—No las pronuncio bien, sino con gran trabajo y á fuerza de mucho estudio y ejercicio; de modo que al principio había palabras que no podía pronunciarlas.

El juez volvió á preguntarme:

—¿Por qué, habiendo logrado salir una vez, has vuelto?

—Porque el marino que en mitad del mar se ve sorprendido por una tempestad, busca abrigo en cualquier puerto; pero cuando cesa la tormenta, lánzase de nuevo al mar.

El juez se sonrió, diciendo á media voz:

—¡Oh! no es lo mismo, no. ¿Qué te has propuesto hacer aquí?

—Predicar una sublime doctrina.

—¿Qué doctrina?

—La religion católica, que enseña á dar el honor debido al Señor del cielo, Dios.

—¿Quién es ese Dios?

—El creador de cielo y tierra, el que hizo al primer hombre, de quien todos descendemos; y así como todo hombre debe honrar á sus padres, con mucha más razón á Dios, padre de todos los hombres, gobernador del universo y dueño de todo.

—¿Has visto tú á Dios?

—Dios ha hablado á los hombres; Él mismo nos ha dado los diez mandamientos que todos estamos obligados á guardar. Por otra parte, en nuestros libros cristianos hallaréis muchas pruebas de la existencia de Dios.

—¿Y qué tiene de bueno esta doctrina?

—Enseña á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos: enseña á practicar el bien y á evitar el mal, á moderar nuestras costumbres, á sufrir con paciencia los males y trabajos de esta vida, con la esperanza de una dicha eterna después de la muerte.

—Cuando mueras, ¿á dónde irás tú?

—Todos y cada uno de los hombres después de su muerte se presentan ante el tribunal de Dios, quien juzga del bien ó del mal que hayan hecho durante su vida: los buenos van al cielo, los malos al infierno.

—Pero tú ¿dónde irás?

—Nadie puede saber la suerte que le espera.

—Pero, vamos á ver, ¿á dónde esperas ir?

—Espero, mediante la misericordia de Dios, alcanzar el cielo.



— Pero, si ahora se te condenase á morir, ¿no tendrías miedo?

— Sólo tengo miedo al pecado; mas si ahora, aquí mismo, me condenáseis á morir por la causa de Dios, no temería la muerte.

— Y despues ¿dónde irías?

— Al cielo, á gozar de la presencia de Dios.

— ¿Por cuánto tiempo?

— Por toda la eternidad.

— Pero los cuerpos ¿no quedan sepultados en la tierra?

— Sí, pero las almas no mueren, y el día de la resurreccion se unirán otra vez á los cuerpos.

El juez hizo un gesto y me miró con sonrisa de lástima.

— Basta, dijo despues con aire desdeñoso; sacadle.

Condujéronme al cuerpo de guardia, donde los satélites vinieron á rodearme.

Los dos jueces deliberaron hasta muy entrada la noche. Sus dependientes invadieron todas las habitaciones. Era imposible encontrar un sitio en que descansar, y sin embargo tenia sueño. Pude alargar algo las piernas, y á pesar del ruido me dormí profundamente con la cabeza apoyada en la pared.

¿Cuál debía ser el resultado de la deliberacion? Era difícil preverlo. El interrogatorio que acababa de sufrir no me daba ninguna luz; pero en el aparato exterior que se habia desplegado, me pareció entrever algunos indicios de severidad.

Creí que no tardaría en conocer el resultado de la deliberacion, y que se dictaría la sentencia. Vana esperanza: más tarde supe que el Gobierno no sabia qué hacer conmigo. Unos querían, siguiendo la costumbre, condenarme á muerte; pero el rey y otros se oponían. Me aseguraron que la aparicion frecuente de buques europeos en la costa los infundía miedo, impidiéndoles que me condenaran á muerte. Otros decían: «Es un hombre justo que no ha hecho daño alguno. Lo mejor sería enviarle á su patria, y así no deberíamos temer la guerra; pero, como los cristianos le llaman, sería preciso, para impedir que volviese, condenar á muerte á todos los cristianos.» El gran juez Ni-Kieng-ha no aprobaba esta medida. Declaró que era ocioso pensar en destruir radicalmente el Cristianismo por medio de la persecucion. «Los cristianos son tan numerosos, dijo, y tan decididos, que es imposible concluir con ellos; es por lo tanto inútil condenarles á muerte.» El regente no quería tratar de mi asunto. Sus antiguos amigos, que recordaban las ejecuciones de 1866, fueron á buscarle para excitarle contra mí. El regente se limitó á contestarles: «Carezco de toda autoridad; pero lo mejor sería echar tierra al asunto y dejar completamente tranquilo al europeo: el Gobierno nada tiene que temer de él; al contrario, si le condena á muerte, se indispone con Francia, y enviándole á su patria se crea gratuitamente un enemigo.» Contáronme que la reina habia dicho: «¿Por qué se condena á muerte á este hombre si es inocente? Si se condena lo mismo á un inocente que á un culpable, ¿cómo podré librar mañana á mis hijos?»

Sea lo que quiera de todos estos rumores, lo cierto es que no sabían qué resolver. Despues del interrogatorio permanecí algunos días en la habitacion de los satélites,

trabando amistad con los empleados de esta nueva cárcel. Estaban muy lejos de ser amables; me parecían todavía más bellacos y astutos que los otros, y, si cabe, más mentirosos. ¡Cuán difícil es tratar con hombres que disfrazan todos sus pensamientos y afirman con juramento una cosa de cuya falsedad están ciertos! Tal era mi posicion, pero ya estaba habituado á este trato, y habia llegado hasta el punto de no creer nada de lo que me decían. Cuando hablaban entre sí, ya era otra cosa; pero entonces lo hacían en voz baja.

### VIII.

El 19 de Marzo el jefe del puesto recibió una carta. Los satélites se enteraron también de su contenido; la leyeron sorprendidos, y la comentaron en voz baja. Evidentemente se trataba de mí, y ocurría algo imprevisto. El jefe se relevaba cada tres días, y por la tarde vino otro nuevo. Enteráronle de la carta, y dijo:

— ¿Cómo? todo iba bien esta mañana, ¿y en tan poco tiempo se ha cambiado de parecer? No es posible; dadme la carta.

Se la dieron y despues de haberla leído, preguntó:

— ¿A qué hora la habeis recibido?

— Al medio día.

— Es muy extraño: acaban de darme órdenes en contrario.

Algunos momentos despues un satélite vino á decirme:

— No se os deja tranquilo aquí: el juez quiere colocaros en un departamento en que haya menos ruido.

— ¿Dónde? ¿A qué parte?

— En este mismo lado.

Adelantóse un satélite, abrió una puerta y entrámos en el patio de la cárcel. Uno de los guardias me hizo entrar en el calabozo designado por el alcaide. ¡Qué sorpresa! La primera persona que ví fué mi viejo Juan Tchoi, á quien creía muerto hacia mucho tiempo. Su sorpresa no fué menos grande que la mía: le hablé, y apenas pudo contestarme.

El carcelero me indicó el puesto que debía ocupar. Los otros presos fueron obligados á estrecharse un poco, y habiéndose levantado uno de ellos, un guardia le dió un palo, y como dejase escapar una exclamacion de dolor le dió otro, y despues otro. Traté de calmar al que de un modo tan bárbaro trataba á un hombre inocente. El satélite y el carcelero se retiraron. Continué haciendo preguntas á Juan, que apenas me respondía, hasta que al fin pudo decirme:

— Todos aquí somos cristianos, á excepcion de aquel viejo pagano que está en el rincón, y que parece estar aquí para observarnos: por lo tanto, no se puede hablar, y menos de cosas de religion.

Comprendí que el pagano era un espía, y que era preciso no infringir el reglamento; así es que sencillamente le pregunté qué regla debíamos observar.

— ¿La regla? La regla es que te sientes en la paja y que te estés quieto.

Sentéme, pues; pude también arrodillarme, rezar y hasta dormir. Al día siguiente me desperté antes de amanecer, y ví á Juan que se aprovechaba de la oscuridad para orar con más recogimiento.

(Se continuará).



## NUEVA-NURSIA.

(Continuacion).

### § III.—Colonias de Melbourne, Adelaida y Puerto-Victoria.

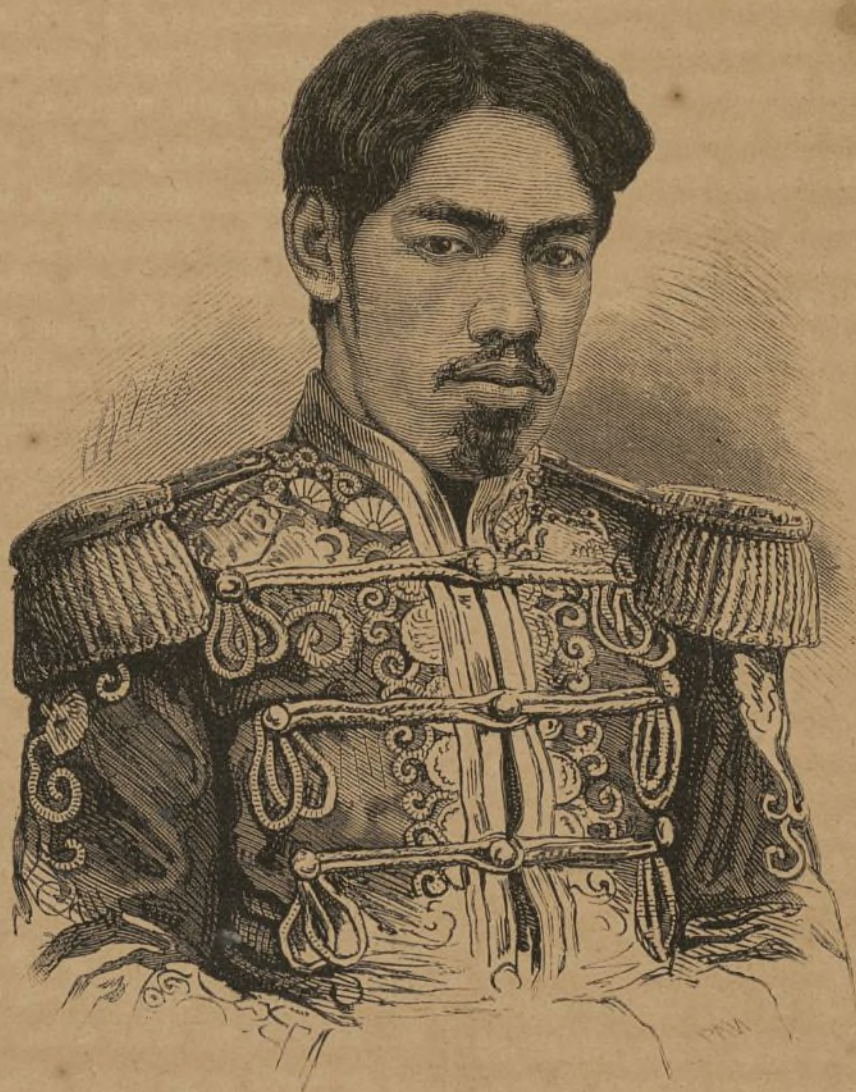
I.—La Australia Feliz, situada al Mediodía de la Nueva Gales del Sud, fué llamada así con motivo de su prodigiosa fecundidad por el mayor Tomás Mitchell, quien la habia recorrido totalmente en 1835. Al colonizarla los ganaderos de la Tierra de Van-Diemen encontraron en ella magníficos pastos para sus rebaños. Pero otra fuente de riquezas debia darle celebridad en el mundo entero. Nos referimos á las minas de oro que distan poco de Melbourne, su capital, situada no léjos del hermoso puerto Philipp. Esta ciudad, fundada en 1837, y cuyos habitantes rivalizaron pronto en número con los de Sydney, vino á ser uno de los grandes centros mercantiles de la Oceanía. Pero la fiebre de oro atrae allí una poblacion tan ávida de goces materiales que el obispo establecido por la Santa Sede en 1847 encuentra en aquel punto menos consuelo que un vicario apostólico en país de Misiones. Por lo demás, Melbourne, distante 610 millas de Sydney, es hoy día una soberbia ciudad, con su gobernador y su Parlamento particulares, gloriándose de ser la metrópoli de una de las provincias más importantes de los futuros Estados-Unidos del hemisferio austral.

II.—Pasemos á la Australia del Sud, cuya capital situada junto al rio Torrens y al golfo San Vicente, se llama Adelaida. Su territorio, que comprende toda la parte meridional del continente, es doble en extension del de las Islas Británicas. Descubierta en 1802 por el capitán Flinders, visitada por los navegantes franceses Baudin y Freycinet, pero no colonizada hasta 1834, tuvo penosos principios á pesar de lo fértil de su suelo y la benignidad de su clima. Sin embargo, desde 1845 contaba ya bastante número de católicos para que Su Santidad erigiese allí un obispado. Las minas de cobre y de plomo constituyen, con la cria de ganados, la principal riqueza del país. Para que se vea lo productivas que son las minas de cobre baste decir que sus acciones en pocos años han subido de 125 fr. á 4,500. Aunque menos rica que Sydney y Melbourne, esta colonia hace ya sin embargo un comercio considerable y se va poblando con rapidez.

III.—No sucede lo mismo con la Australia septentrional. Limitada al Norte por las islas de la Malesia, el difícil estrecho de Torres y el peligroso mar de Corail, y al Mediodía, Este y Oeste por llanuras arenosas, está tan próxima al Ecuador que los calores son allí muy intensos. Sin embargo, la principal causa de la insalubridad del clima la forman las continuas variaciones de temperatura. Las noches son muy frescas, y en un solo día se puede experimentar la diferencia de las cuatro estaciones del año. Añadamos á esto vientos impetuosísimos que se convierten á veces en ciclones.

A pesar de todas estas desventajas, que hacen casi imposible el trabajo de los europeos en aquel suelo ingrato; á pesar de las enfermedades, que no perdonan ni á los mismos salvajes del país, como tampoco á los ganados, la excelente posicion de esta provincia, colocada en el

centro de la Oceanía, no léjos de las islas de la Sonda, de las Filipinas y del Asia, movió al Gobierno inglés á fundar allí un establecimiento. La falta de agua y la intensidad del calor abortaron la primera tentativa que tuvo lugar en la isla Melville en 1826. Diez años más tarde el capitán Gordon Bremer hizo un segundo ensayo, no más afortunado que el primero. Echó el áncora en el puerto natural Essington, y puso en la costa los cimientos de una ciudad que denominó Puerto-Victoria en honor de la reina de Inglaterra. Pero esta ciudad no pudo salir jamás de la infancia. En 1840 su poblacion ascendia apenas á 300 habitantes, marinos ó empleados del gobierno. No obstante, en 1846 el obispo de Perth, Ilmo. Sr. Brady, envió allí tres misioneros. Como si



JAPON.—Mouts'hito, actual mikado. (Pág. 57).

todo se juntara contra la malaventurada colonia, el buque que les llevaba naufragó en el estrecho de Torres, y uno solo de ellos, el P. Ángel Confalonieri, joven sacerdote del Tirol, escapó con gran trabajo del desastre. Dedicóse en seguida á evangelizar los indígenas, á quienes iba á buscar hasta dentro de los bosques; también hizo oír la palabra divina á los protestantes y á los incrédulos de Puerto-Victoria. Al cabo de dos años de penosos trabajos, el 9 de Junio de 1848, sucumbió á la insalubridad del clima y fué á recibir en el cielo el galardón de su apostolado, lleno sin duda de merecimientos, aunque no hubiese producido los resultados apetecidos.

No por esto el Gobierno inglés abandonó aún esta colonia, y la Santa Sede, secundando sus designios, creó



en 1848 un nuevo obispado, el sexto de Australia. Pronto veremos cuáles fueron sus dos titulares y de qué modo la Providencia hizo servir el abandono definitivo de esta tierra insalubre para la prosperidad de la colonia monástica establecida en la Australia occidental.

§ IV.—*Descubrimiento, descripción y primera colonización de la Australia occidental.*

Vamos á ocuparnos ahora algo más detenidamente de la parte del continente australiano en que han ocurrido los acontecimientos que nos proponemos referir á nuestros lectores.

I.—En 1696 el capitán William Ulaming abordó en la costa de la Australia occidental. Despues de él, el almirante d'Entrecasteaux exploró, hácia el año 1791, toda la costa, acaso con intencion de fijar allí la bandera francesa; pero la Revolucion, que habia dicho: «¡Perezcan las colonias antes que nuestros principios!» le impidió hacer un establecimiento duradero. Sin embargo, hállanse en esas costas varios nombres, que indican el pensamiento dominante entre los marinos franceses de formar una colonia en el continente australiano; tales son: la punta de Entrecasteaux, los cabos Bougainville, Gantheaume, Latouche-Treville, Larrey, Cuvier, Rulhieres, la bahía Jurien, las ensenadas Hamelin y Freycinet. Estas tentativas aisladas no impidieron que los ingleses, que tenian las ventajas de un gobierno estable, enviasen en 1829 el capitán James Sterling á tomar posesion de aquella vasta comarca.

Difíciles fueron los principios de la colonia, siendo necesaria toda la energía de Sterling para contener á los primeros habitantes en las márgenes del rio de los Cisnes (*Swans'River*), en donde habia echado los cimientos de una ciudad que llamó Perth, en memoria de Escocia, su patria. Un viaje que hizo á Lóndres en 1833 le permitió obtener recursos para la colonia naciente. Finalmente, el descubrimiento de una gran cuenca carbonífera aseguró una clase de rentas de mucho aprecio en Inglaterra.

El territorio de la colonia de Swan-River se extiende del 114° al 129° longitud, y del 14° al 35° latitud meridional. La parte conocida en 1850 tenia 1,280 millas de Norte á Sud, y 800 de Levante á Poniente; pero el conjunto de esta comarca es poco más ó menos igual á la Rusia europea. De 1829 á 1835 varios exploradores, Wilson, Dale, Sterling, Preston, etc., partiendo de la ciudad de Perth descubrieron en direccion del Sud los rios Kalgan, Back-Woord, King y Murray, otros dos menos caudalosos llamados Canning y Ellen confluente al de los Cisnes, el cual, á 60 millas de la embocadura, recibe el nombre de Avon. Vieron ó costearon los lagos Barnes, Don, Catalin, Matild, Ellen y Boorokup, algunos de los cuales son salados. Los mismos viajeros observaron la cadena de los montes Darling, que se prolonga hasta el Sud de Australia, y la de los montes Sterling al Este de la precedente; finalmente, las montañas William y Keat, las más elevadas de todas (3,600 pies). En sus exploraciones estos atrevidos viajeros hallaron succulentos pastos propios para toda clase de cultivos, y tuvieron ocasion de admirar los hermosos y ricos valles de Kalgan y Green.

Otros exploradores no menos intrépidos, entre los

cuales nombraremos á Dale, Collie, Brown, Moore, Roë, Grey, Gregory, etc., se lanzaron desde Perth en direccion del Este y del Norte. En 1830 Dale recorrió bastante trecho del curso del Avon. La relacion favorable que hizo al gobernador de la colonia incitó á éste á fundar dos nuevas instalaciones al Este de la capital, que fueron las dos ciudades York y Northam. En 1832 Collie recorrió al Nordeste todo el hermoso país que llamó Victoria-Plains, donde se fundó á 60 millas de Perth la ciudad de Toodyoy. En 1836 Moore llevó más lejos sus descubrimientos; halló el torrente Flechter, que es un afluente del rio llamado por los salvajes Maura, y á quien dió su propio nombre. En Octubre del mismo año el ingeniero Roë exploró una extension de país de 500 millas y descubrió varias corrientes, valles pintorescos, fértiles llanuras, muchos lagos, el mayor de los cuales fué llamado por él mismo lago de Brown.

El capitán Grey recorrió en 1839 toda la comarca situada entre los 24° y 32° latitud. Descubrió diez corrientes de agua de más ó menos importancia, entre otras las que tienen por nombre Goscoyne, Marchison, Hutt, Yrwin, Arrowsmith, etc.; dos cordilleras, una que parte del extremo septentrional de los montes Darling, y que llamó montes Victoria; otra que denominó montes Guirner y se extienden de Norte á Sud en un espacio de 40 millas. Las tierras que atravesó le parecieron de muy buena calidad y bien pobladas de árboles. Encontró allí tribus de salvajes más numerosas que en el resto de Australia. Gregory encontró tambien en las orillas del Murchison, á 200 millas de Perth, minas de plomo que contenian una fuerte cantidad de plata.

Generalmente hablando puede decirse que las playas de la Australia occidental son arenosas, aún á distancias considerables de la costa: en el interior hay terrenos de toda clase. La falta de agua se hace sentir en los pastos, porque los rios de estas comarcas, ó se agotan pronto durante los grandes calores, ó son muy distantes unos de otros. Tambien se aprovechan cuidadosamente los depósitos de agua de lluvia, y se preparan algunos de ellos en las cercanías de los grandes apriscos para abreviar el ganado. Es digno de notar que la arena de Australia, lejos de ser árida como la del África, es muy fértil. La de Perth lo es tanto como el mantillo mejor preparado de las huertas de Europa. El vino es de calidad superior, y apenas se han quitado las primeras uvas, cuando la segundas empiezan ya á madurar. La higuera da su fruto en tres épocas del año; hay dos cosechas de patatas; el trigo y demás cereales son abundantes; finalmente, los árboles frutales y las verduras de los dos hemisferios pagan con largueza los trabajos del arador.

El clima de la colonia de Swan-River es el mejor de Australia, y aún pudiera decirse del mundo entero. En verano, si bien el calor llega á 34°, no es sofocante y puede trabajarse sin peligro en pleno sol. No se conocen allí esos vientos abrasadores de las comarcas del Norte de Australia; al contrario, sopla una brisa de mar desde las once de la mañana hasta declinar el día. En invierno despues de la salida del sol la temperatura es bastante suave. Unicamente á las tres ó á las cuatro de la mañana el termómetro desciende hasta 4° sobre cero. Aunque nunca cae nieve, son frecuentes las heladas. En verano los rocíos son muy abundantes, y en el mes de Enero,



que es el más caluroso del año, suelen caer frecuentes lluvias, muy benéficas para los pastos y todos los vegetales. Puede dormirse al aire libre, tanto en verano como en invierno. En cuanto á las enfermedades, rara vez son mortales: las más comunes son la disenteria y la oftalmia, de que se cura fácilmente.

Las praderas naturales de esta parte de Australia podrían alimentar muchos millones de ovejas. El clima por otra parte les es muy propicio; las razas primitivas han mejorado allí de tal manera que la lana de los merinos de Swan-River es tan hermosa como en Melbourne ó en Sydney. El aumento de los ganados es también muy rápido, pues se ha calculado que ganan un 33 % cada año. En 1848 se contaban 141,123 ovejas, 10,919 vacas ó toros, 2,095 caballos, 2,287 cerdos y 1,431 cabras.

Respecto á la poblacion, tan escasa durante los primeros años de la colonia, se elevaba en 1848 á 4,622 personas, á saber:

Católicos, 337; anglicanos, 3,063; wesleyanos ó metodistas, 276; independientes, judíos, 187; chinos, negros, indios, etc., 759.

En esta poblacion no habia en 1849 ni deportados, ni aperecidos por la justicia. Las familias pertenecian casi todas á las clases honradas de la sociedad, á la marina, al ejército ó á la administracion. Como los obreros, los pastores, los agricultores eran poco numerosos, pues apenas llegaban á 260, la mano de obra salia bastante cara, lo cual explica la lentitud de los progresos de la colonia en sus veinte primeros años. En 1848 aún no habia más que 7,069 acres de tierra cultivadas, de las cuales apenas 3,316 se hallaban sembradas de trigo, es decir, escasamente la mitad de lo que faltaba para alimentar á todos los habitantes; pero en 1850 el hábil gobernador sir Fitz-Gerald obtuvo del Gobierno central el envío de cierto número de deportados que se destinaron al cultivo de las tierras y á la ganadería.

II.—La capital de esta interesante colonia, Perth, está situada á la orilla septentrional del rio de los Cisnes, y separada del mar sólo 9 millas, bajo el 32° de latitud y el 114° de longitud. En 1850 esta ciudad distaba mucho de tener el esplendor de Sydney y de Melbourne, si bien sus anchas calles y los edificios que las forman, contruidos de piedra ó de ladrillo, le daban ya un aspecto bastante monumental. Los principales eran el palacio del gobernador, de estilo noble y severo; la Lonja, el Tribunal, la iglesia católica, próxima al monasterio de las religiosas de la Merced; las iglesias de los anglicanos, de los metodistas y de los independientes, y los almacenes públicos.

El Gobierno colonial se compone aún hoy del representante de la Corona de Inglaterra, llamado lugarteniente de la reina ó gobernador general, asistido de dos Consejos, legislativo y ejecutivo. Este último está compuesto exclusivamente de oficiales de la Corona. Únicamente los notables de la colonia tienen derecho á sentarse en el Consejo legislativo; pero los miembros de ambos Consejos son nombrados por el Parlamento inglés. El gobernador general los preside, y tiene facultades para suspenderlos ó disolverlos con aprobacion del secretario colonial.

Desde 1850 contó Perth con una sucursal del Banco de Sydney, compañías de seguros y mineras, muchas

sociedades industriales ó agrícolas, de socorros mútuos y de templanza, y en fin tres periódicos.

Las costumbres de sus habitantes son cultas y pacíficas, y aparte el abuso de bebidas alcohólicas son muy raros los escándalos que se producen en la vida privada y las infracciones graves de las leyes civiles. Hasta 1850 sólo habia tenido que ejecutarse una sentencia de muerte: verdad es que la ausencia de los deportados aseguraba á la colonia mucha tranquilidad.

Después de Perth la ciudad más importante de la Australia occidental es Fremantle, situada á 9 millas al Oeste, á orillas de la bahía del mismo nombre en la embocadura de Swan-River. Las embarcaciones pueden anclar allí con seguridad, y en invierno encuentran excelente abrigo detrás de la isla de Garden. Otra isla, llamada Rottne, á 20 millas al Oeste de Fremantle, sirve de prision á los salvajes australianos que han cometido alguna fechoría en las tierras de la colonia. La pequeña ciudad de que hablamos, ya en 1850 poseia una iglesia católica con un monasterio de religiosas Mercedarias, dos iglesias protestantes y la casa del gobernador. Todos estos edificios están contruidos con hermosa piedra calcárea, muy abundante en aquella costa.

Hacia el Sud, á 300 millas de Perth, encontrábase aún antes de la fundacion de esta ciudad un establecimiento europeo llamado Puerto del rey Jorge, donde eran confinados los *convicts* relapsos de la Nueva-Gales del Sud. Cuando la colonia de Swan-River fué completamente organizada los *convicts* fueron alejados, y este país sometido á la autoridad del gobernador de Perth. Su capital es Albany, cuyo puerto en el Oceano Austral es muy frecuentado por los buques balleneros. En la costa accidental, antes de doblar el cabo Leeuwin, encuéntrase la pequeña ciudad de Augusta; y luego, ladeándose hacia el Norte, las ciudades nacientes de Vasse, Bunbury y Pinjarra, y en la ruta que une Albany á Perth, las de Kojonup y William's Bourg. A 8 millas al Norte de Perth se encuentra Guildford, en una risueña comarca, entre el Swan-River y el Ellen, su tributario. En fin, á 60 millas de Guildford, hacia el Este, hay las ciudades ya mencionadas: York, junto al Avon, que no es todavía el Swan-River; Northam y Toodyoy. Estas tres ciudades están rodeadas de tierras las más fértiles y regadas de la colonia. Debe notarse que el Avon, que en aquel punto no ha recibido afluentes ó muy pocos, en la estacion canicular no es más que un rápido torrente, pero cuyas aguas se acumulan en profundas cavidades como depósitos preparados por la naturaleza para uso de los hombres y de los animales. Nótese también que la mayor parte de las ciudades que hemos nombrado estaban sólo en sus principios en 1850, y que un europeo no hubiera dejado de sonreirse al ver decoradas con tal calificativo una reunion de cuatro ó cinco casitas con otros tantos cobertizos y majadas, pero con anchas calles y plazas no menos vastas, señaladas únicamente por hileras de postes.

III.—Antes de comenzar la historia de la colonia monástica de Victoria-Plains, digamos breves palabras sobre el establecimiento de un obispado católico en Perth.

Desde que se fundó la colonia de Swan-River en 1829, los pocos católicos que de ella formaban parte habian tenido que verse privados de todo auxilio religioso, ó bien aprovechar la aparicion, muy poco frecuente, de algun



misionero que se dirigia á Sydney ó á otro sitio más lejano. Pero en 1841, habiendo crecido su número, no quisieron quedar más tiempo privados de los bienes espirituales que la religion católica proporciona á sus hijos por manos de sus ministros. Dirigiéronse, pues, al Padre Ullathorne, vicario general del Ilmo. Sr. Polding, y que ellos creían era el obispo de Sydney, tan léjos se habia extendido la nombradía del P. Ullathorne. En su carta á este incansable misionero los católicos de Perth le exponían la activa propaganda de los ministros protestantes, las defecciones de muchos católicos y la esperanza de que volviesen á la verdadera fe si se les presentaba ocasion favorable; prometíanle mantener á sus expensas un ministro de la verdadera Religion y construir una iglesia.

Conocedor de los piadosos deseos manifestados por los católicos de Perth, el ilustrísimo Sr. Polding, á su regreso de Roma en 1843, resolvió satisfacerlos en lo posible. Al efecto llamó de Windsor al celoso misionero católico irlandés Juan Brady, que desde 1838 compartía con él los trabajos apostólicos; nombróle su vicario general, dióle por compañeros al sacerdote holandés Juan Joostens y al catequista irlandés Patricio O'Reilly, y envió á los tres á la colonia de Swan-River. Llegados á la bahía de Fremantle en 24 de Noviembre de 1843, sería difícil expresar la alegría de los católicos, que privados por espacio de catorce años de todo auxilio religioso veían en su compañía ministros de Dios; así es que les recibieron como ángeles del cielo. El Rdo. Brady se presentó al gobernador de Perth, caballero Hutt, y le pidió un terreno para construir en él una iglesia. El noble representante de la reina Victoria acogió su petición con suma benevolencia y le cedió terreno para iglesias, no sólo en la capital, sino en todas las ciudades de la colonia en las que hubiese suficiente número de católicos, añadiendo que contribuiría á la construccion del nuevo templo así que hubiese fondos disponibles.

Con tales promesas el Rdo. Brady dispuso todo lo necesario para comenzar la construccion de la iglesia, y gracias al desprendimiento de sus nuevas ovejas reunió prontamente el dinero necesario. Mientras iban alzándose las paredes del sagrado edificio el Vicario general recorría las comarcas confiadas á su administracion, en especial Fremantle y los demás centros de poblacion del Norte y del Este de la colonia. Al año siguiente continuó

su visita por toda la parte del Sud, y despues, con la aprobacion del Ilmo. Sr. Polding, dirigióse á Roma para obtener de la Santa Sede que aquel país, distante de Sydney 3,000 millas, formase una diócesis particular, cuyo obispo residiria en la misma ciudad de Perth. Llegado á Roma, presentó una extensa memoria á la sagrada Congregacion de *Propaganda Fide*, añadiendo que si el Soberano Pontífice resolvía erigir una nueva silla episcopal en aquella parte de Australia, el titular debería ser el Padre Ullathorne, que en la Nueva-Gales del Sud habia dado pruebas de extraordinario celo y de especial talento de administrador.

Despues de maduro exámen, la Santa Sede decretó que la colonia de Swan-River fuese separada de la metrópoli de Sydney, como ya lo era bajo el punto de vista de la administracion civil, y formase una diócesis separada, fijándose en Perth la Sede episcopal y siendo su primer obispo el P. Ullathorne; pero el humilde monje rehusó este honor, como ya dos veces habia rehusado las Sedes de Sydney y de Hobart-Town, y entonces la sagrada Congregacion obligó al Rdo. Brady á encargarse de aquella nascente Iglesia, que hacia un año administraba, y á recibir la dignidad episcopal, siendo consagrado en Roma el 18 de Mayo de 1845.

El mismo Obispo pudo prever que la Providencia le destinaba, en un monasterio vecino á Nápoles, dos cooperadores que á la sazón trataban de consagrarse á las Misiones. De ellos nos ocuparemos desde luego al comenzar la historia de la colonia monástica en la Australia occidental.

(Se continuará).



JAPON.—Yeyas, fundador de la dinastía taicouma de los Tocougawa. (Pág. 57).

## CRÓNICA.

**Roma.**—Contra las alarmantes noticias que respecto á la salud del Papa han publicado ciertos periódicos podemos asegurar que Leon XIII goza, á Dios gracias, de cabal salud.

—Su Santidad ha aprobado y confirmado las elecciones episcopales hechas por la Sagrada Congregacion de la Propaganda en su sesion del 22 de Diciembre.

El Ilmo. Sr. D. Guillermo Enrique Elder, antiguo obispo de Natchez, ha sido nombrado coadjutor del Ilmo. Sr. Purcell, arzobispo de Cincinnati (Estados-Unidos). El Rdo. P. Pascual Buscojic, de los Menores Observantes, ha sido enviado como Vicario apostólico á la Herzegovina, y el Rdo. P. Roberto de Spalatio, de los Menores Capuchinos, es ahora coadjutor del Ilmo. Sr. Renodi, vicario apostólico de Sophia y Philippopoli (Bulgaria).

—El día 27 de Enero recibió Leon XIII al Ilmo. Sr. Reynold, obispo de Adelaida (Australia), que le ha presentado cuatro jóvenes australia-



nos destinados á cursar Teología en la Propaganda. El mismo Prelado ha presentado también al Papa un magnífico mapa de su diócesis, de seis metros de largo y cuatro de ancho, encargado expresamente por el representante inglés en Australia para ofrecerlo al Papa con muchas fotografías de la ciudad de Adelaida.

**Jerusalén.**—En una de las cartas que sobre la última peregrinación española á Tierra Santa ha publicado en *El Correo catalán* su ilustrado director D. Luis María de Llauder refiere en los siguientes términos la entrada de los peregrinos en Jerusalén:

«Nuestra caravana — como llaman allá á las peregrinaciones — era notable en el doble concepto de ser española, cosa nunca vista en aquellas tierras, y por lo numerosa, pues las francesas é italianas raras veces pasan de veinte personas; así es que nuestra llegada fué un acontecimiento que motivó la aglomeración de muchas gentes á nuestro paso.

«Tomada del primer carruaje una gran bandera española que en él enarbolaron los Padres al salir de Ramla, la cogió un dependiente del Consulado, y precedido de cuatro genizaros con sus lujosos trajes, golpeando acompasadamente en el suelo con unos largos bastones con sendos puños ó mazas de plata á fin de abrir paso, venía después la Comisión junto con los Padres que nos acompañaban, vice-cónsules de Jaffa y de Jerusalén, y demás personas que habían salido á nuestro encuentro; seguían luego los demás peregrinos, y cerraban la marcha los dragomanes, criados y el genízaro del convento.

«En esta disposición España atravesó solemnemente aquella ciudad repulsiva, cuyas asquerosas calles, feas casas y tétrico semblante de sus habitantes llenaba el ánimo de tristeza y malestar.

«No dirigimos los pasos á nuestro alojamiento, sino al Santo Sepulcro, donde debía hacérsenos la recepción oficial; y tan bien se habían tomado las medidas, que llegamos á la pequeña plaza que precede al santo templo, objeto de todas nuestras ansias, en el momento en que los Padres Franciscanos concluían su rezo é iban á empezar su procesión diaria á los Santos Lugares. ¡Qué felicidad! poder tomar parte en ella y ser este el primer acto que hacíamos en Jerusalén!»

Los peregrinos eran en número de sesenta y tres, salidos de Barcelona en el vapor *Maria*, y dirigidos por el Rdo. Dr. D. Francisco Barrio y Gonzalez en representación del señor Obispo de esta diócesis. Durante los pocos días que pudieron permanecer en Palestina aprovecharon el tiempo visitando los principales santuarios de ella y dejando gratos é imperecederos recuerdos á los Religiosos, á los cristianos y á todo el país con su edificante piedad y devoción, sus liberalidades y generosas limosnas.

Antes de su regreso y como testimonio de veneración y gratitud dejaron á los Padres Franciscanos custodios de los Santos Lugares el siguiente documento, que el Rdo. P. Fr. Casto Amado ha transmitido á la *Revista Franciscana* de Barcelona, y que con razón dice será histórico en las páginas de Tierra Santa:

«La primera caravana española venida desde remota fecha á Tierra Santa, antes de dejar este suelo sagrado en que tan saludables emociones ha recibido y del que lleva un recuerdo indeleble, en la imposibilidad de consignar de una manera más elocuente y expresiva el profundo agradecimiento y aprecio que profesa á los RR. PP. Franciscanos, por la bondad, cariño, atenciones y paternal acogida que de

ellos ha merecido, quiere dejar consignado este testimonio de la veneración y gratitud que les debe. Al darles el «á Dios», suplica al venerable y querido compatriota suyo, el P. Fr. Casto Amado, Superior de esta Casa, que se sirva aceptar esta demostración de su afecto, y transmitirla al reverendísimo Padre Custodio de los Santos Lugares y á los demás Padres, de todos los cuales ha recibido las mayores atenciones. Sean nuestras firmas la expresión viva y permanente de los sentimientos que la cordial hospitalidad que nos han dado ha impreso en nuestros pechos.

«Hospicio latino de Jaffa, en el día de la Natividad del Señor del año mil ochocientos setenta y nueve.

«*Siguen las firmas.*»

**Inglaterra.**—En una asamblea celebrada recientemente por la Asociación general de católicos ingleses se trató de la causa de canonización de los mártires de aquel país, es decir de las numerosas víctimas que los protestantes hicieron en las filas de los católicos durante doscientos años. De estos mártires los más ilustres son el cardenal Fisher, obispo de Rochester, y el canciller Tomás Morus. El obispo Fisher

había sido preceptor de Enrique VIII (autor de la herejía anglicana), y era confesor de la reina católica cuando aquel libertino príncipe la repudió. Su firmeza en mantenerse fiel á la Iglesia romana fué causa de que el Rey le hiciese prender. Enrique VIII, al tener noticia de que el Papa le destinaba el capelo de cardenal, dijo burlándose del Soberano Pontífice: «Ya puede cuando guste enviar el capelo; yo haré de modo que, antes de que llegue, no subsista la sub-cabeza á la que se destina.» En efecto; poco después ordenó que se cortase la cabeza al santo preso, lo cual se verificó en 21 de Junio de 1535. Este venerable Cardenal tenía 80 años. Al ser conducido al suplicio tiró lejos su bastón diciendo: «*Ite, pedes, ite soli: parum à celo distamus*: Andad, piés míos, andad solos; ya estamos cerca del cielo.»

Tomás Morus era gran canciller del reino cuando Enrique VIII se separó de la Iglesia romana; y tan luego como ocurrió este hecho presentó su dimisión. El Rey, después de emplear con él medios de dulzura, recurrió á la violencia y comenzó por reducirle á prisión. Los amigos de Morus le dijeron: «¿Por qué habéis de pre-

tender ser más prudente que todos los miembros del Parlamento que han obedecido al Rey?» Respondióles: «Si me encontrase solo contra el Parlamento, desconfiaría de mí mismo; pero tengo á mi favor á todos los católicos, ese gran Parlamento de la verdadera Iglesia.» Su mujer misma le daba malos consejos: «¿Cuántos años piensas que puedo vivir? la dijo.—Más de veinte años.—¿Y querías que por vivir veinte años más me expusiese á caer en el infierno por toda la eternidad?» Fué decapitado el 6 de Julio de 1535. Al subir al cadalso cantó el *Miserere* y puso por testigo al pueblo de que moría por la fe católica, apostólica y romana. Después cuando el verdugo que iba á cortar la cabeza le rogó, según costumbre, que le perdonase, le abrazó y le dió una pieza de oro diciéndole: «Vas á hacerme el mayor de todos los servicios.»

Los miembros de la *Unión católica* por conducto de su egregio Presidente dirigieron al Papa la siguiente petición en favor de la canonización de los Mártires ingleses:

«Santísimo Padre: La *Unión católica* de la Gran Bretaña, en su reunión anual, á la que han concurrido innumerables miembros, ha expresado encarecidamente el deseo de que Vuestra Santidad se dig-



JAPON. — Keiki, último taikoun. (Pág. 57).



nara ordenar que se procediese á la canonizacion de aquellos valientes campeones de la Iglesia que sellaron con su sangre la fe católica á consecuencia del cisma anglicano.

«Nuestros principales motivos para esperar la realizacion de nuestros deseos son los siguientes:

«Primero, el inquebrantable valor de aquellos hombres heroicos que mantuvieron la fe católica durante ciento cincuenta años. Nunca desmayaron ante la violencia incomparable del gobierno, ni se dejaron seducir por la traicion ni los halagos, ni sucumbieron ante los tormentos. Los jefes de esta noble hueste fueron el cardenal Fisher y el lord canceller Morus, cuya fidelidad avergonzaba á su apóstata señor, cerrando la lista el ilustre Plunket, arzobispo de Dublin, que ofreció el sacrificio de su vida en nuestra capital.

«Justo, pues, parece que el Vicario de Cristo, que contempla todo el universo, corone con la aureola de los Santos á los hombres que durante tres generaciones no perdieron la esperanza de hacer que volviese esta Isla á Dios y á su Vicario, y que sacrificaron su vida por ello. Y duplicase la fuerza de este motivo con la idea de que apenas hay una entre todas las naciones de Europa que no haya sido regocijada durante estos tres siglos con el aumento de sus Santos, mientras nuestro país, á pesar de los campeones que durante ese período murieron por la fe, no ha tenido un solo nombre que añadir á aquellos que previamente habia canonizado la Iglesia. Y es, por cierto, notable que á santo Tomás de Cantorbery, que fué lord-canciller del reino, siguió otro Tomás que tuvo la misma dignidad, así como á san Juan de Beverley otro Juan, no sólo obispo de Rochester, sino además cardenal; y si en nuestro antiguo Martirologio se encuentra un Primado de Inglaterra, el Primado de Irlanda representa en los últimos tiempos el martirio de toda la nacion. Ni debemos omitir que los que esperan el juicio de su santidad de vuestro Supremo Tribunal, adornaron su vida con la práctica de todas las brillantes virtudes que ennoblecieron á nuestros Santos antes del cisma.

«A la verdad, en la raza de nuestros Santos no ha habido extincion ni caídas, y los últimos son tan conspicuos como los primeros en vigor sacerdotal, en pureza de vida y en ciencia teológica.

«Nuestro segundo motivo es este: Providencia fué de Dios, cuyas vias son inescrutables, que los pobres restos del pueblo católico de la Gran Bretaña se vieran durante ciento cincuenta años perseguidos por las más injustas leyes, teniendo todo contra sí, reducidos al más pequeño número; y sólo al concluir las tres centurias de aquel lamentable cisma se concedió la libertad del culto católico. Pues hé aquí que en los cincuenta años transcurridos desde entonces se está viendo un gran cambio producido por la mano del Altísimo. De todos los rangos de la sociedad inglesa se ha visto salir considerable número de hombres y mujeres que, nacidos y educados en los errores de las sectas protestantes y especialmente en los errores de la iglesia de Inglaterra, han venido á abrazar la fe católica.

«Justo parece, pues, añadir esa cosecha católica á la sangre de nuestros mártires; idea que nos inspira tambien la firmísima esperanza de que elevados por el supremo juicio de Vuestra Santidad á la honra de la canonizacion, nuevas y más ricas conversiones responderán á la oracion de estos nuevos Patronos nuestros.

«Tercera causa. El origen del martirio, lo mismo en Inglaterra que en Escocia, fué el deseo de conservar aquel antiguo lazo establecido entre la Santa Sede y nuestra Isla, en cuya virtud mereció el nombre de *Isla de los Santos* y aún de *Reino de María*; lazo roto por la triste soberbia de jefes que recabaron para sí la jurisdiccion del Pontífice Supremo. No hay uno solo, entre esos campeones de la fe católica, que no sacrificara su vida por el honor del apóstol Pedro y los derechos de la Santa Sede apostólica.

«De aquí, pues, que creemos se hará justicia á una pretension justa cuando Vuestra Santidad conceda el más alto honor de la Iglesia á aquellos que han dado testimonio de la supremacia pontificia y combatido por ella hasta derramar su sangre; que han sido á la letra verdaderos soldados de Pedro. ¿No será equitativo que reciban su corona de Aquel de quien dieron por su pasion especial testimonio? Esperamos que de este modo, dando debida recompensa á los que la han merecido, con gran gloria de la Santa Sede, obtendremos grandes ventajas para nosotros y para todos los católicos ingleses, cuyo amor á la Sede de Pedro y á quien la ocupa será siempre digno de sus tradiciones.

«De Vuestra Santidad amantísimos y obedientísimos hijos y siervos. — *Norfolk, E. M.*, presidente. — *Lilli*, secretario.»

**San Petersburgo.**—Segun noticias fidedignas, la Comunidad de Dominicos que existe en San Petersburgo y que tiene á su cargo una

colonia extranjera de más de 25,000 almas, va á ser aumentada con religiosos procedentes de Viena.

Un célebre historiador moravo, el P. Beda Dudich, Benedictino, que se hallaba en San Petersburgo en busca de documentos históricos, conmovido al ver el estado deplorable de esta casa dominicana, resolvió restablecerla. Despues de asegurarse el apoyo de las autoridades rusas, se dirigió al Provincial de los Dominicos de Viena, quien le concedió varios religiosos. El P. Constantino Fliss, del Tirol, que residió largo tiempo en Viena, se puso luego en camino, y pronto le siguieron sus compañeros. El Gobierno ruso paga el viaje á los misioneros, y les promete su concurso y su proteccion.

Lo cual es altamente satisfactorio tratándose del Gobierno ruso, y demuestra que el Czar empieza á comprender su verdadera situacion y á conocer los medios de mejorarla.

**Cabo de Buena Esperanza (Distrito oriental).**— El Rdo. P. Croonenberghs, de la Compañía de Jesús, misionero del Alto-Zambeze, comunica desde Grahamstown las noticias siguientes:

«No es posible formarse una idea del celo y actividad que despliega el Ilmo. Sr. Ricards. Para dentro corto tiempo espera contar con un convento de Trapenses para la creacion de una granja-modelo. Hace pocos meses el Gobierno habia dado en alodio 40,000 acres (más de 16,000 hectáreas) de tierra á un ministro protestante con idéntico fin, pero este ensayo fracasó miserablemente. El Ilmo. Sr. Ricards prepara tambien un establecimiento de Padres Maristas. Hace poco confió al cuidado de los Padres Jesuitas el colegio de San-Aidan, que cuenta 45 pensionistas y 150 externos, todos de raza inglesa ó irlandesa. Los Boers ó colonos holandeses son protestantes con raras excepciones. «Somos, dicen en neerlandés, *van 't oude geloof* (de la antigua fe),» y añaden: «*Roomsch is van den duivel*: El (católico) romano es del diablo.» ¡Infelices, que en su aislamiento y buena fe ignoran la verdadera historia de la Iglesia católica y de la llamada Reforma protestante!

«El vicariato del Sr. Ricards comprende 5,000 católicos, 25,000 protestantes y 250,000 negros infieles. Las familias cafres son numerosas, y es de temer que por su muchedumbre puedan un día destruir la poblacion blanca. Los católicos, irlandeses en su mayoría, son excelentes. En Port-Elisabeth el Ilmo. Sr. Ricards ha construido para ellos un Circulo católico. Las cuatro diócesis del Africa austral contienen 12,000 católicos cuando cuarenta años atrás sólo contaban unos 500.»

**Chan-si (China).**— Tomamos el siguiente episodio de una carta del P. Francisco María (de Montereaggio):

«Ha regresado un mensajero que habia enviado con una carta al subprefecto de Cu-peu-hien, rogándole no maltratase á los nuevos cristianos que le están sometidos.

«Al salir mi mensajero por la puerta meridional de aquella ciudad fué testigo del siguiente espectáculo. En una especie de jaula de madera, de un metro de elevacion, estaba metido el cadáver de un joven con la cabeza fuera de ella, una pierna medio arrodillada y la otra medio extendida. Preguntando á los curiosos, que en gran número rodeaban el cadáver, qué delito habia cometido aquel hombre, le respondieron que era un tratante ó corredor que vendia hombres, mujeres y niños. Pocos dias antes habia recibido en su casa á una muchacha de doce años, prometiendo á su madre que le encontraria marido. En lugar de cumplir su promesa, mató á la niña, comiéndosela despues. Llevado al tribunal y reconocido culpable del doble crimen de homicidio y antropofagia, habia sido condenado á morir en aquel bárbaro suplicio. Los testigos decian que no podia tenerse con los piés ni con las rodillas sin ser estrangulado por las alfagias ó listones que rodeaban su cuello. En esta horrible posicion las piernas no tardaron en hincharse, y espiró al cabo de veinte y cuatro horas.»

**Chen-si (China).**— El Ilmo. Sr. Chiais, de los Menores Observantes, vicario apostólico del Chen-si, escribe al Rdo. P. María de Brest, procurador de las Misiones Franciscanas de París:

«Como os habia anunciado algun tiempo hace, esperábamos una buena recoleccion en el otoño; pero ¡ay! la lluvia no ha cesado de caer en abundancia, y el trigo se ha secado sin segar. ¡Cuántas miserias nos amenazan! ¿Habríamos de ver reproducirse las terribles escenas del año último: los vivos comer la carne de los muertos; los padres matar á los hijos, porque se morian, y no una vez sola, como en el sitio de Jerusalem, sino todos los dias, segun informa el reverendo P. Valerius? En vano procuran estos desdichados devorar las cortezas de los árboles; que este alimento malsano no prolonga sino por algunos dias la malhadada existencia, ni hace sino cambiar el género de muerte.



«De todos lados se dirigen los hambrientos en grupos hacia mi residencia y la de mis misioneros; todos me dicen con lágrimas en los ojos que, tras luchar por tan largo tiempo con la muerte, no habrá más que perecer. Juzgad, pues, de nuestra pena al ver nuestra impotencia ante tales infortunios, porque á despecho de nuestra buena voluntad, nos es imposible socorrer á todos.

«Abrigo, no obstante, la esperanza, mi reverendo Padre, de que Dios tocará el corazón de los cristianos de Europa, y tendrán piedad de nuestros pobres chinos. Dignese el Señor recompensar á los que antes nos ayudaron y á nuestros futuros bienhechores.»

**Nueva-York (Estados-Unidos).**—El domingo 3 de Enero verificóse en la nueva catedral de San Patricio la ceremonia de la traslación á la misma de los venerables restos de los Prelados fallecidos en aquella diócesis. El cardenal Mac-Closkey ofició, acompañado de gran número de Prelados. En el panteón de la nueva catedral hay cincuenta sarcófagos, y los cuerpos que se han trasladado han sido los de John Connelley, segundo obispo de Nueva-York (nacido en 1755 y muerto en 1825), y John Dubois, tercer obispo (nacido en 1774 y muerto en 1842). El primer obispo de Nueva-York, Luke Coyham, irlandés, murió en Nápoles en 1810, según se dice, envenenado, y está enterrado allí. También se han trasladado los restos del primer arzobispo de la diócesis, John Hugues (nacido en 1777 y muerto en 1864).

—Los Padres de la Compañía de Jesús han dado últimamente una Mision en Nueva-York con un éxito que ha producido gran emoción entre los protestantes. Baste decir que en la iglesia de Santa Cruz recibieron la sagrada Comunión más de catorce mil almas, siendo muy de notar que en ese número el de hombres excedió al de mujeres.

## TIERRA SANTA.

### III.

#### DE RAMLA Á JERUSALEN.

Más allá de Ramla hasta los montes de Judea hay dos horas de camino por un terreno desigual y pedregoso. Encuéntanse algunas chozas habitadas, y sobre una eminencia las ruinas de Latrun, presunta morada del buen Ladrón. En los vecinos montes se divisan también los restos de otras dos fortalezas, Llanos y Mae, que en la época de las cruzadas eran atalayas del camino de Jerusalem, y fueron demolidas más tarde por Saladino después de la destrucción de Jaffa, Ramla y Ascalon. Aquellas ruinas, de aspecto tan siniestro como la reputación que tienen, años atrás eran más considerables; pero como sirviesen de guarida á los facinerosos que del buen Ladrón sólo imitaban la vida y no la penitencia, Ibrahim mandó volar esas mansiones de foragidos, con lo cual se restableció la tranquilidad en la comarca. Con todo, cuando los bajáes de Constantinopla regresaron á sus antiguas posesiones, los bandidos de Latrun volvieron á hacer de las suyas.

Las montañas de Judea forman una cordillera de colinas unidas entre sí por la base y separadas por la cima de modo que presentan acá y acullá picos más ó menos redondeados que podrían tomarse por los dientes de una inmensa rueda. Aquellas cumbres son áridas, de color pardo ó blanquizco, y en los flancos crecen adelfas, olivos y varios arbustos. Las peñas deslumbran por reflejarse en ellas con igual intensidad la luz y el calor, tan incómodos para los que cruzan aquellas soledades.

En lo más estrecho del valle se encuentra una fuentecilla y un pozo que la Escritura menciona dos veces con el nombre de Neftoa (1) y al que llaman los naturales *Beer Ayub*, «pozo de Job», desde donde tiénese á la vista sólo una cuesta de hasta treinta pasos de anchura, terminando en el enjuto cauce de un torrente orillado de sauces y arbustos bastante altos. Mas allá la montaña pelada, en la que únicamente se descubren algunos arbustos, piedras rajadas y terreno agrietado, señales de una naturaleza gastada, caduca.

Multitud de guijarros, agudos unos, redondos y resbaladizos otros, hacen muy escabroso el camino. A dos leguas de distancia del pozo de Job véñese á un lado las ruinas de un templo dedicado á los siete hermanos Macabeos sacrificados por Antíoco en presencia de su heroica y admirable madre. Otra legua más adelante llégase á un cerrijo tras del cual está la población de Khiriat-el-Enab, que significa *ciudad de la uva*, residencia en otro tiempo tan temida de Abu-Gosci, famosísimo salteador. Véñese allí las paredes de un gran templo de-

dicado al profeta Jeremías, con los restos del convento inmediato donde en una noche de 1430 los beduinos asesinaron á nueve religiosos franciscanos que en él vivían, saqueándolo después. Dicha iglesia era de tres naves con pinturas al fresco en las paredes.

Los cristianos dan á este punto el nombre de San Jeremías. Así los autores antiguos como los modernos andan discordes acerca de su nombre antiguo. Unos creen que es Anathoth, patria de aquel Profeta: otros, al parecer con mayor fundamento, opinan que es Cariathiarim, la ciudad de los bosques: la comarca está todavía poblada de árboles con algunos viñedos. De Cariathiarim eran naturales el profeta Uri, á quien mató inicuamente con su espada el rey Joaquín, y el profeta Zacarías, muerto también por los judíos entre el altar y el templo.

En una montaña próxima, sita al Noroeste, hay el pueblo de San Samuel, Rama ó Ramathaim-Sofim de la Biblia, patria del profeta Samuel, último juez de Israel. Estaba situada en los límites de Efraim y Benjamin, y en ella erigió dicho Profeta un altar al Dios verdadero, en el cual juzgaba al pueblo y á donde fueron á pedirle rey los ancianos de Israel. Cuando falleció los afligidos israelitas le sepultaron en su casa de Ramatha. San Jerónimo dice que sus restos fueron trasladados á Tracia por el profanador Arcadio. Sobre su sepulcro rodeado de ruinas levántase una mezquita.

Avanzando hacia Jerusalem déjase á la derecha una alta montaña donde yacen las ruinas de Modín, la ciudad de los Macabeos. Descúbrese luego el valle del Terebinto, teatro del heroísmo y de la gloria de David. Aunque angosto, puede contarse entre los más amenos de Palestina. Hállase cercado de colinas vestidas de morales y olivos, ofreciendo en sus alrededores gran variedad: el torrente en cuyas márgenes cogió David los cinco guijarros para ir al encuentro de Goliath serpentea al pie de aquellas montañas, «ora desnudas de vegetación, calcinadas y abrasadoras, ora cubiertas por la sombra de los sicomoros, de las vides y de los terebintos: en las cuevas algunos cercados de nopales animan extraordinariamente aquella naturaleza grandiosa, al par que triste y agreste, seductora cuanto grave, digno campo de las sublimes escenas de la Biblia, en el cual parece que aún se perciben los victoriosos cantos de las matronas de Israel y los lúgubres acentos de las lamentaciones de Jeremías (1).» El terebinto, que dió su nombre al valle, es un vistoso árbol con hojas parecidas á las del laurel: su fruto al principio es verde, luego amarillo y al fin negro; y de la resina de este árbol se forma la trementina y una especie de bálsamo.

Después de atravesar el torrente por un puente de dos arcos, se suben y bajan varias lomas que por la irregularidad y configuración de sus peñas semejan de lejos las murallas de una fortaleza. Prescindiendo de los olivos que se crían en el fondo de los valles ó quebradas, en parte alguna se encuentran árboles; hasta donde alcanza la vista sólo se descubren piedras, y la languidez de la naturaleza parece que va indicando la aproximación de aquella ciudad que condenó á muerte al Autor de la vida.

Hasta hace pocos años, llegando á Jerusalem por Jaffa no se encontraba en las cercanías de la ciudad ningún huerto, ni una casa: nada separaba la ciudad de Sion del desierto que la rodea. Aparecía de súbito á la vista del peregrino, diez minutos antes de llegar á sus puertas, con sus almenas, cúpulas, murallas y torres, de color pardo como los valles, los montes, la comarca entera. El que ha consultado los itinerarios escritos desde Chateaubriand hasta el P. Vallesca queda hoy desconcertado cuando al gritar el dragoman ó guía: «*Ecco Gerusalemme*: ved ahí á Jerusalem,» divisa, no las murallas de la ciudad, ni la cúpula del Santo Sepulcro, ni la mezquita de Omar, sino un edificio moderno con cúpulas coronadas de globos de bronce dorado, es decir la iglesia y hospital de los rusos.

Un ilustre escritor católico que ha tomado parte en la reciente peregrinación española á Tierra Santa refiere así su llegada á Jerusalem: «...Transcurridos breves momentos, empezamos á ver casas á uno y otro lado del camino, casas tristes á pesar de ser nuevas y no pobres, y en sus puertas y ventanas judíos en gran número con trajes de fiesta (era sábado), y mujeres muy ataviadas. Formaba aquello como el ensanche de Jerusalem, que pueblan rápidamente los judíos que acuden en gran número de Europa, ansiosos de habitar el triste hogar de sus abuelos, y esperanzados de que se acerca su Mesías, ó la realización de futuros ensueños para su pueblo!!

«Por fin las murallas de la Ciudad santa se presentaron á nuestros ojos, descollando por encima de ellas las cúpulas y minaretes de sus templos y mezquitas...»

(1) Jos. xv et xviii.

(1) Mislin en su *Peregrinación á Jerusalem*, cap. xvii.



El aspecto de Jerusalem ofrece una de esas visiones extraordinarias. Ya se llegue á ella por la derecha ó por la izquierda del monte de los Olivos, por el camino de Damasco ó por el de Betania, la sorpresa es la misma. La villa de los Jebuseos, la ciudad triste y silenciosa de Jeremías y de los Profetas, la *viuda de las naciones*, yace en un suelo cubierto de peñascos y rodeado de montes blanquecinos.

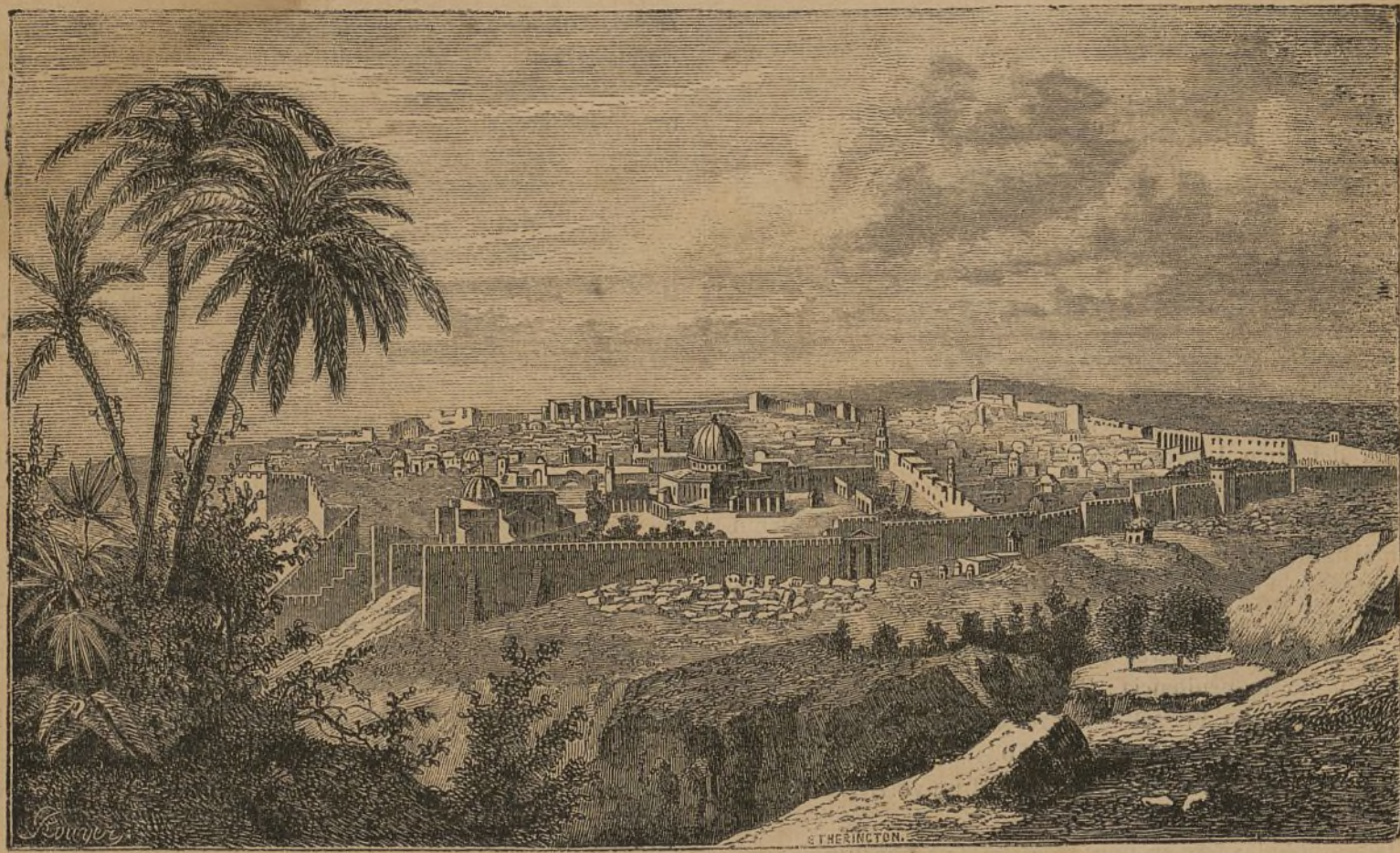
«No se parece Jerusalem á ninguna otra ciudad: no es una plaza fuerte como las de Europa, ni un monton de antiguas ruinas ennegrecidas ó cubiertas de musgo y maleza; ni es tampoco una ciudad moderna en que reine el movimiento y bullicio, sino una espaciosa y lúgubre mansion llena de restos y de monumentos funerarios: ningún rumor sale de sus murallas, ningún sér viviente recorre los ásperos senderos de sus valles; las aves cruzan silenciosas el espacio, el torrente Cedron está enjuto, las piscinas tambien, las piedras que las embellecian yacen desmoronadas, las colinas son montones de arena, la tierra parece calcinada y cubierta de ceniza, los rebaños no encuentran pasto en los campos; sólo la tristeza y la muerte imperan en aquella soledad profunda (1).» Su aspecto imprime en el alma un sentimiento de indefinible melancolía, y el viajero que ha gustado su amargura, tráela siempre consigo como lúgubre recuerdo, pareciéndole oír como un lamento de Jeremías que sale del fondo de aquellas ruinas. Varios minaretes elevanse al cielo como un insulto á Dios en nombre de la impostura y de la supersticion que representan; pero

en medio de aquellas flechas se eleva y las domina la boveda del Santo Sepulcro como para protestar, por la piedad y los recuerdos unidos á su origen y á su historia, contra el olvido y abandono en que lo dejan todas las naciones católicas, cuyo nombre y culto apenas son tolerados en su recinto.

El primer impulso del piadoso viajero á la vista de la Ciudad santa es caer de rodillas, besar con santo transporte aquella tierra de maravillas, y en medio de los más diversos sentimientos que dominan el alma cantar llorando de alegría el salmo *Lætulus sum in his quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus*.

Contemplando el interior de Jerusalem se conoce hasta dónde llega el colmo de su desgracia. Sus calles son estrechas, lóbregas y sumamente disparejas; muchas están cubiertas de inmundicias que apestan, otras embarazadas por montones de escombros, y algunas cortadas por edificios levantados con permiso de una autoridad de quien todo pueden conseguir las dádivas y el favor.

«Ruinas y recuerdos de todas las edades salen al encuentro de la vista en cada sitio, como si quisieran detenerla para contemplar las desgracias que publican; ruinas y recuerdos que dejaron los pueblos en un lugar por donde atravesaron todos durante seis mil años que abrazan las páginas de su historia; y ruinas y recuerdos que subsistirán agrupados cerca de una tumba que sirve de centro á todas las edades y á todos los sucesos de las generaciones humanas (1).»



VISTA DE JERUSALEN.

## EFEMÉRIDES.

11 FEBRERO 1874. — Muere en Boves (Piamonte) el Rdo. P. Pablo Abbona, de la Congregacion de Oblatos de María Inmaculada.

El P. Abbona nació en Monchiero, en 1807. Fué ordenado presbítero en 1829, y dos años despues entró en el Noviciado de la referida Congregacion, en Pignerol.

Más tarde, habiendo la Santa Sede confiado á los Oblatos de María la difícil Mision de Ava y Pegú, el P. Abbona solicitó y obtuvo permiso para dirigirse á ella, y partió de Roma acompañado del P. Vicente Bruno y del H. Enrique despues de recibir, en 13 de Agosto de 1839, la bendicion de Gregorio XVI.

Llegado á Birmania, estuvo encargado de Mulmein, ocupándose al mismo tiempo en evangelizar á los Carianos. Construyó muchas iglesias, y dotado de gran talento y de fácil palabra, hizo innumerables conversiones. No tardó en captarse la amistad del emperador de Birmania, que repetidas veces le ayudó con sus liberalidades.

En 1854, habiendo hecho renuncia de su cargo el Ilmo. Sr. Balma, vicario apostólico de la Birmania y posteriormente obispo de Cagliari

(1) Mislin, en la obra citada, cap. xvii.

(Cerdeña), fué confiado el vicariato á las Misiones extranjerias de Paris, siendo nombrado para regirlo el Ilmo. Sr. Bigandet. Consultado por la Propaganda el P. Abbona propuso, para multiplicar la accion evangélica, que se dividiera la Birmania en tres vicariatos, cuyo proyecto se adoptó.

El P. Abbona hizo dos veces el viaje á Europa á expensas del Emperador birman: la primera, en 1858, llevó á Pio IX, á quien profesaba gran veneracion, una carta del Emperador; y la segunda vez, en 1872, acompañaba algunos pajes que Su Majestad enviaba á Europa para iniciarse en las artes. En medio de estos personajes está representado el P. Abbona en el grabado de la pág. 49, segun fotografía sacada en Milan por los Padres Capuchinos.

El P. Abbona no volvió á Birmania. Despues de más de treinta años de trabajos apostólicos en la Indo-China, sin que nunca se resintiera su salud, fué acometido, durante unos Ejercicios que daba en Boves (Piamonte), por un mal súbito y violento causado por el cambio de clima, y á consecuencia del cual entregaba su alma á Dios en 11 de Febrero de 1874.

(1) Eyzaguirre, *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*, tomo II, pág. 187.